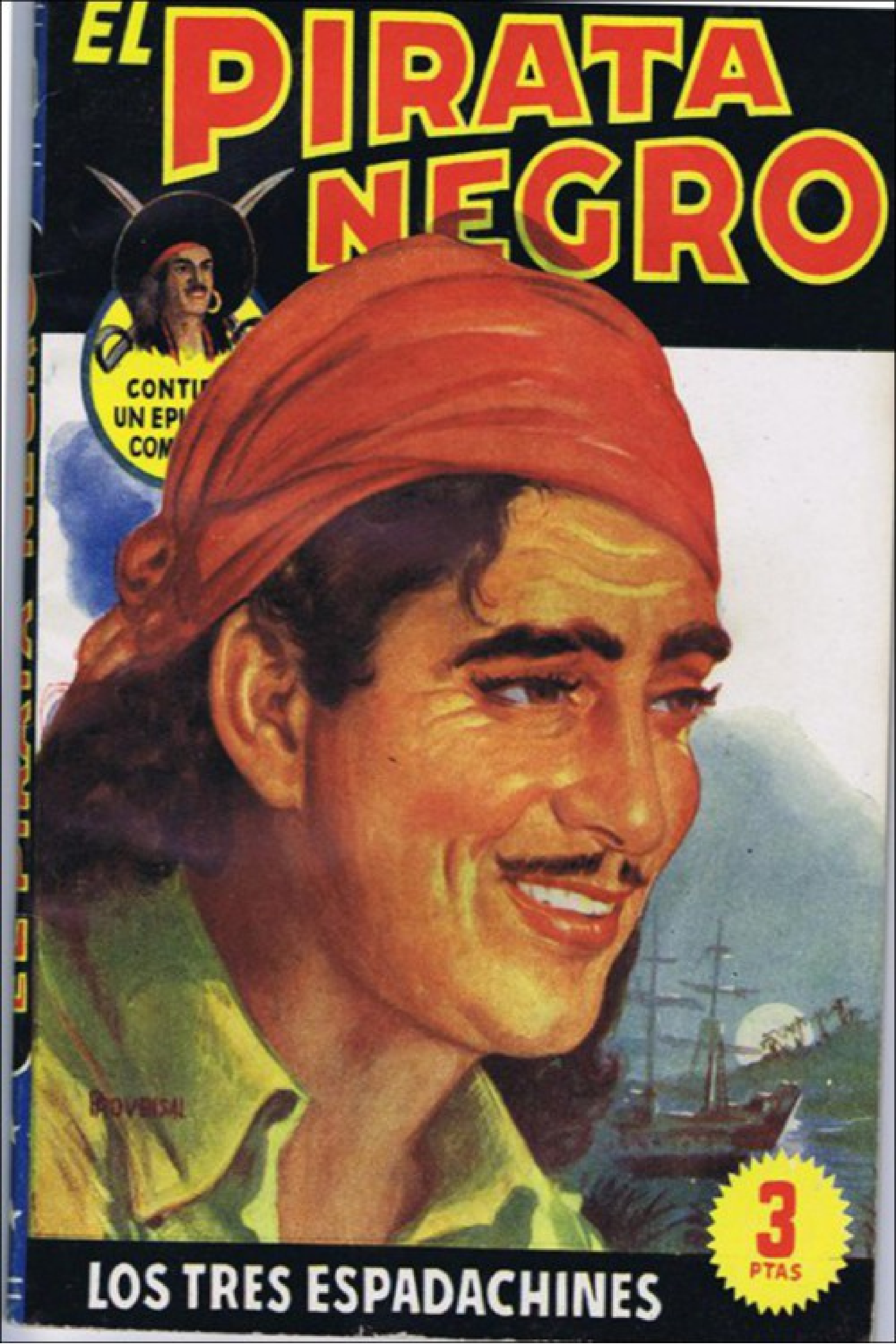
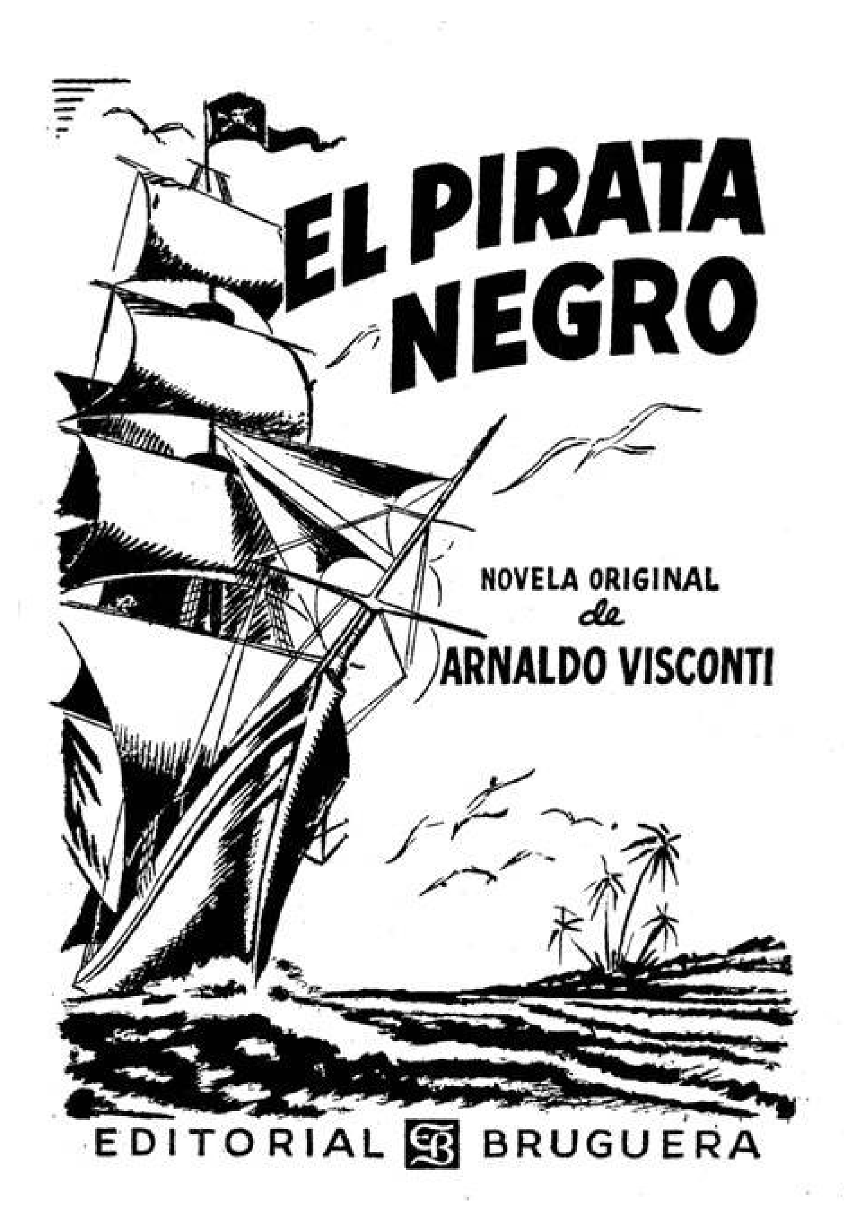

EL PIRATA NEGRO
3
PTAS
LOS TRES ESPADACHINES


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Los tres espadachines

Colección El Pirata Negro n.° 14

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1946


Los tres
espadachines

CAPITULO PRIMERO

El hércules de Kerdal

El húmedo y jugoso valle de Kerdal había estado soportando una tenaz y copiosa lluvia, que repiqueteó incesantemente sobre los parduscos tejados de las casas diseminadas en la pequeña aldea.

Y el riachuelo Kerdal, que de costumbre deslizábase mansamente por entre los pastos y trigales, rugía entonces sonoramente, y su ensanchado cauce se desbordaba al descender de la montaña, inundando alguna de las granjas de las laderas, cuyos habitantes, refugiados en los aleros de los techos, se apretujaban entre sí, envueltos en mantas, y esperando la llegada de la balsa de salvamento improvisada por Jarnac de Lesperruy.

Jarnac de Lesperruy, el capitán de mosqueteros, había hallado en la inundación una gran cantidad de ocasiones fértiles en incidentes que le permitieron lucir su descomunal fuerza y su brava rudeza fanfarrona de coloso gascón.

Fué la condesa de Kerdal, su esposa, la que, despierta a medianoche por el creciente mugido de las aguas torrenciales, presenció desde el elevado mirador del castillo el descenso impetuoso del río y su desbordamiento.

Dotada de un alma sensible, Leonie de Kerdal empezó a inquietarse por la suerte de los infelices campesinos, cuyas granjas hallábanse en la ladera del monte y en la ribera del río habitualmente pacífico.

Dirigióse a la alcoba de Jarnac, donde el mosquetero atronaba los ámbitos de su habitación con los sonoros ronquidos que brotaban de su amplio y hercúleo pecho.

La diminuta mano de Leonie de Kerdal aplicóse en la frente del gigante rubio, que despertóse instantáneamente, sentándose en el

lecho.

—¿Despierta a esas horas, Leonie? ¿Acaso te ha impedido dormir el ronroneo del agua?

El río se ha desbordado, y las pobres gentes de las granjas han quedado aisladas. He visto flotar reses muertas, y otras nadan desesperadamente entre troncos desarraigados. Me aflige pensar que hay vidas en peligro.

Jarnac de Lesperruy atusóse los enhiestos mostachos con brusco golpe de pulgar.

—¿Te aflige, Leonie? Haces mal en apenarte en balde, porque en todo Kerdal no hay ninguna vida en peligro..., ya que yo estoy aquí.

Y un cuarto de hora después, Jarnac pasó por entre los grupos de aldeanos, que comentaban la comprometida situación de los granjeros, sorprendidos en plena noche por el repentino desbordamiento de las aguas.

—¡Jarnac os saluda!...—atronó el mosquetero con su ensordecedora voz, elevada al máximo diapasón—. ¿No me veis?

Era difícil no percibir la voluminosa y atlética figura del gascón, que peroraba, empinado sobre los estribos de su caballo, en el centro de la Plaza Mayor.

—Si me veis—continuó vociferando el gascón—, es porque en todos los instantes de peligro he actuado en vez de hablar. ¿Creéis que vuestras charlas van a salvar a vuestros amigos, los granjeros de la ladera? Hay que actuar, y aquí estoy yo.

Un aldeano viejo acercóse al caballo, descubriéndose respetuosamente ante el "marido de la señora condesa".

—No tenemos barcas; ni, aun teniéndolas, hay hombre en la aldea que se atreva a cruzar el río a fuerza de remo, señor capitán.

—Donde yo me encuentre, todo se resuelve al instante. Sólo hacen falta hachas, cuerdas y sudar la gota gorda construyendo una balsa sólida. La bravura y la fuerza las pondré yo por todos vosotros, porque me sobran ambas cosas para inundar Kerdal con más generosidad que el propio río.

La construcción de la balsa fué dirigida por Jarnac, que desde la silla de montar iba activando la operación de acarrear troncos recién derribados a hachazos, los cuales eran reunidos entre sí por recias viguetas claveteadas y consolidadas con cuerdas por los aldeanos.

—Ahora clavad y empotrad fuertemente cuatro viguetas, una en cada esquina de la balsa—ordenó Jarnac, señalando el gran rectángulo de leños.

Con la pasividad que les caracterizaba, aunque extrañados por la orden, cuya finalidad no comprendían, los aldeanos colocaron prontamente los maderos en pie a los cuatro extremos de la balsa. .

—Tended sogas entrelazadas, atándolas al centro de las viguetas. Y hacedlo con energía, porque de ellas dependerá la vida, no sólo de los que iremos a buscar, sino también la de aquellos de entre vosotros que yo elija para que me acompañen montados en esta maderada.

La advertencia ocasionó entre los trabajadores una inusitada actividad en comprobar con fuertes tirones la reciedumbre de los postes y de las gruesas sogas que codeaban la balsa.

Jarnac de Lesperruy desmontó y examinó la balsa recién construida. Sus manos recorrieron el áspero cáñamo de las sogas, y de pronto, aunque se hincharon las venas de su cuello con el esfuerzo, pareció ser cosa de magia la facilidad con que, arqueándose hacia atrás y tensando la soga, desgajó uno de los postes que cuatro hombres habían empotrado a martillazos.

—Si esto ocurre en el río, todos hubieran ido al agua. Asegurad mejor los postes—y añadió con su habitual inmodestia—: Comprendo que el río no empuja tanto como yo, pero os he de advertir que yo seré quien arrastre vuestra balsa.

Instantes después, diez aldeanos llevaban a hombros la pesada estructura de leños, y cuando la hubieron depositado junto a la ribera, frente por frente de la primera granja, miraron temerosos el fuerte caudal de agua rugiente que descendía alborotadamente de la montaña.

Jarnac de Lesperruy quitóse la casaca, y sus gigantescas espaldas voluminosas se recortaron en el claroscuro del halo de las antorchas. El círculo de aldeanos oyó perfectamente los gritos de auxilio de-los granjeros refugiados en los techos de sus caseríos.

El río descendía en dos ramales que formaban una isla artificial, en la que quedaban, solitarias, un grupo de cuatro granjas, de las que sólo sobresalían los graneros altos y el tejado.

—Mi esposa, la condesa—habló Jarnac—, es un ángel que devolverá a vuestros amigos de esas cuatro granjas las pérdidas que

en dinero puedan tener. Pero vosotros debéis salvar las vidas de los que son amigos vuestros y que gritan pidiendo vuestra ayuda. Cuando los dos ramales del río se unan en el espacio donde ahora están esos techos, no quedará con vida ninguno de los que aún pueden salvarse… porque yo estoy aquí. Me bastan cuatro hombres; los cuatro más jóvenes y fuertes.

—Será inútil, señor—dijo uno de los aldeanos—. Intentar atravesar la corriente con esta balsa, es ir a la muerte. La balsa será una brizna de paja en el hervidero del agua.

—La balsa sola con vosotros, sí— replicó Jarnac—. Pero, ¡belitre!, ¿no te has dado cuenta aún de que el río no puede conmigo y la balsa a la vez? Tú, Jeannot, y tu hermano, montad.

Y Jarnac señaló la balsa a los gigantones torpes y desgarbados, que parecieron justipreciar dónde había más peligro: si en la corriente de aguas sucias arrastrando troncos y reses muertas, o en los bruscos golpes de pulgar con que Jarnac de Lesperruy se atusaba las enhiestas guías de su mostacho.

—En esas cuatro granjas hay veinte vidas que salvar, Jeannot. Tú y tu hermano sumáis tan sólo dos vidas, de las que respondo mientras os vea entre las sogas de la balsa.

Jeannot y su hermano entraron en el cuadrilátero cabizbajos y sin gran regocijo. Jarnac recogió del suelo dos grandes listones y los arrojó dentro de la balsa.

—Remos—dijo lacónicamente—. Coged dos otros remos. Tú y tú.

El índice de Jarnac apuntó rectamente a otros dos mozos parecidos en contextura física y miedo a Jeannot y su hermano. Los demás aldeanos, al verse libres de convertirse en forzosos navegantes, animaron a los improvisados tripulantes, y hasta alguno se permitió reprocharles que sus rostros estuvieran amarillos.

Jarnac de Lesperruy estaba atando el extremo de un rollo de soga pocera a uno de los postes de la balsa. El otro extremo lo tendió a uno de los aldeanos.

—Amarradlo a un árbol, y todos los que quedáis en tierra, cuando la balsa regrese, tiraréis de ella ayudando a Jeannot y los otros tres remeros.

La palidez de Jeannot y los otros tres remeros aumentó considerablemente mientras observaban cómo el capitán

mosquetero, cogiendo otro rollo de soga, lo lanzaba al aire para desenvolverlo y se rodeaba la cintura fuertemente con un extremo. Arrojó dentro de la balsa el otro extremo.

—Atadlo como mejor sepáis en ese poste. Y os advierto tan sólo una cosa: os conozco a los cuatro. Remaréis y no saldréis de la balsa hasta que el salvamento termine. Cuando todos los granjeros estén en la aldea con nosotros, brindaremos todos en honor a Jarnac de Lesperruy—y el mosquetero dirigióse a la cercana ribera mientras hablaba. Junto a la espumeante y fangosa riada, volvióse para añadir:

—El que de vosotros cuatro se salga de la balsa sin mi permiso, o reme flojamente, se las entenderá conmigo y uno de los dos quedará muerto. Naturalmente, el muerto no seré yo.

El gascón quitóse las botas y su corpachón zambullóse en el torbellino. Hasta Jeannot y sus tres compañeros olvidáronse de su pánico, para rezar mentalmente por el "marido de la señora condesa".

Jarnac de Lesperruy había desaparecido engullido por el río. La distancia que separaba la tierra firme del techo de la granja más cercana era de un centenar de metros.

La cuerda que Jeannot había atado al poste frontal formaba en el suelo nudos que iban desenrollándose misteriosamente como si la ribera succionase...

—El cadáver arrastra la cuerda— murmuró el hermano de Jeannot.

—¡Ahí está!—gritó uno de los aldeanos.

Jeannot y los otros tres miraron al punto señalado por varias manos. Tenían la vaga y poco caritativa esperanza de ver flotar el cadáver destrozado de Jarnac de Lesperruy, porque ya habían comprendido a qué obedecían todos los preparativos y cuáles eran los propósitos del "hércules de Kerdal".

Vieron admirados la rubia cabeza del gascón, que, sobresaliendo en el centro de la corriente, semejaba una manzana arrojada en una olla hirviente.

—Nada bajo el agua — susurró el hermano de Jeannot en el colmo del estupor admirativo—. Y... llegará a la granja. Ahora está tomando aire.

La cabeza rubia desapareció de nuevo y a tiempo de evitar un

encontronazo, que habría sido mortal, con un tronco que bajaba rápidamente girando como una peonza.

Los nudos de la soga que unía la balsa en tierra con el nadador fueron de nuevo serpenteando y disminuyendo en volumen.

Un grito unánime salió de la garganta de los estupefactos campesinos cuando vieron brotar junto al ventanal del granero alto de la granja la figura chorreante de Jarnac de Lesperruy.

El gascón era visible por la blancura de su camisa desgarrada destacándose en las aguas parduscas. La mancha blanca se introdujo por la negra boca del granero...

Jeannot y sus tres compañeros de remo fueron mirando con ojos desorbitados cómo la cuerda tendida entre la balsa y la granja lejana iba atirantándose hasta formar una línea recta en el aire, a metro y medio del río.

—¡No tengáis miedo!—gritó un cazurro—. No hay peligro. Nosotros desde aquí y el capitán desde allí aseguramos la balsa.

—Pero, ¿para qué nos metió aquí dentro?—gimió el hermano de Jeannot.

—Sola, se volcaría. Con vosotros, remando a todo brazo, no hay peligro.

—¿No hay peligro, no hay peligro? —gritó Jeannot—. Desde tierra, ¡qué bien se...!

Pero se calló, asiéndose repentinamente al poste. La balsa se había puesto en movimiento... A lo lejos, en la negra oquedad del granero, una mancha blanca ocupaba todo el ventanal.

Jarnac de Lesperruy, apoyando un pie en el marco de madera, tiraba de la soga que remataba en la balsa... Algunos aldeanos empujaron y la balsa deslizóse hasta quedar a medias suspendida en la ribera. El agua batió contra los leños primeros; la balsa cabeceó, y con vertiginosa celeridad los cuatro tripulantes hundieron sus listones, remando enérgicamente.

La fangosa corriente cubría a instantes de lodo la balsa. De vez en cuando uno de los remeros era barrido por el agua, pero Jarnac había elegido los cuatro hombres más fuertes de la aldea. Y el instinto de conservación estaba agudizado a bordo de la balsa, que, mantenida desde tierra por los aldeanos y desde la granja por el titánico esfuerzo de Jarnac, fué acercándose trabajosamente hacia su destino.

Cuando desde la ribera vieron entrar en la balsa, ayudados por Jarnac, a los que poco antes aguardaban la muerte en el tejado del aislado caserío, los aldeanos comprendieron que, como siempre, el más fanfarrón de los gascones, cumplía sus jactancias. Enardecidos por el anterior ejemplo de Jarnac, actuaron empleando todo su vigor, y la balsa recorrió en sentido contrario su peligroso viaje.

De nuevo en tierra firme, los granjeros ensalzaban el nombre de Jarnac de Lesperruy. Jeannot y sus compañeros de remo cayeron exhaustos sobre el fangoso suelo de la balsa.

Poco después, Jarnac, rezumando agua, lodo y sangrientos arañazos por el cuerpo, surgía en la ribera. Tomó resuello, aspirando aire a todo pulmón.

—Ya sólo quedan tres viajes—dijo lacónicamente.

Por respuesta se oyeron los gemidos angustiados de Jeannot y los tres restantes mozos, y las bendiciones de los demás aldeanos.

—Llevad la balsa y las sogas frente a la granja del tío Brigand.

Alejáronse hacia el lugar señalado, y, a solas, Jarnac de Lesperruy continuó respirando para reponer sus pulmones, que acababan de ser sometidos a tan rudo esfuerzo.

—Derroche de hércules, Jarnac — murmuró cerca del gascón una voz burlona.

En la obscuridad, la voz resonó como brotando del tronco del próximo árbol, y Jarnac de Lesperruy, sorprendido, dió un respingo. Avanzó luego con los brazos abiertos cuando hubo reconocido la voz.

—¡Sois el mismísimo diablo!—gritó, alborozado, confundiéndose en un abrazo fraternal con el individuo que, saliendo de la espesura, quedó materialmente estrujado entre los brazos del gascón, quien le cubrió de barro y agua.

—¡Mucho cariño parecéis tenerle al diablo, Jarnac!—y Carlos Lezama, el Pirata Negro, desprendióse del férreo estrujón de bienvenida.

—Aparecéis de pronto, milagrosamente...

—No hay otro milagro que vuestra prodigiosa fuerza. En el castillo, vuestra esposa tuvo la gentileza de recibirme como a un antiguo amigo, y me comunicó que habíais salido hacia las granjas de la ladera. Os vi lanzaros al agua, y dudo que en toda Francia haya hombre que pueda realizar la hazaña que he presenciado.

—Hemos medido nuestras fuerzas en otra ocasión, y admitiré que vos podríais también hacerlo. [1]

—Así lo creo. Pero recordad que me presenté acusándoos de derrochón... ¿Por qué nadáis entre dos aguas?

—Porque... a flor de río el torbellino es más fuerte y hay maderos flotando. Entre dos aguas, y con mis pulmones, nada puede impedirme llegar donde están los infortunados que confían en que yo los he de salvar, porque saben que como yo sólo hay uno en toda Francia.

—Me alegra oíros, Jarnac. Vuestra modestia corre parejas con la mía, pero no así la astucia, que, por no ser hombre de mar, desconocéis. ¿Qué tiempo calculáis haber empleado para atravesar el río entre dos aguas?

—Hay alrededor de cien metros, que de tres zambullidas y nadando con mi fuerza, he recorrido en unos cinco minutos a lo sumo.

—Nos conocimos por un reto, Jarnac. ¿Aceptáis otro?

—Gustoso. Sólo de vos puedo admitir la palabra "reto".

—Los remeros que habéis empleado se mueren si de nuevo han de empuñar los maderos. Son gente de tierra adentro y se lavan poco. Justo es el miedo que les inspira el agua. Este viaje próximo seréis vos el remero y yo el nadador. Cuando yo me lance al río, ¿tendréis la bondad de calcular el tiempo que vos emplearíais en llegar a la granja? Decidme luego si el mío es el mismo que vos hubieseis empleado.

Desde tierra Jarnac vió zambullirse a su amigo, vió los negros cabellos salir a flote tan sólo una vez, y cuando el Pirata Negro ascendió por la destrozada escalerilla que comunicaba con el tejado de la granja, Jarnac de Lesperruy susurró, boquiabierto:

—Es el diablo... Pero, ¡voto al cuerno!, que me va a explicar dónde está el misterio. ¡Empujad la balsa, belitres!

Jeannot y los otros tres, que habían recibido con gran satisfacción la orden de salir del cuadrilátero que se les antojaba infernal máquina, empujaron con sus fuerzas restantes. Pronto contemplaron los paletazos del mosquetero, solo en la balsa, atraída desde la segunda granja por Carlos Lezama.

Y los salvados de una cercana inundación oyeron el extraño y breve diálogo incomprensible de dos enlodados atletas en un tejado

circundado por la rugiente masa de aguas que iba ascendiendo.

—¡Lo habéis hecho, y, sin embargo, lo considero imposible!— decía Jarnac con estentórea voz—, ¡Conté los segundos, y fueron demasiado escasos!

—Contad de nuevo, que voy a repetir—replicaba indolentemente el desconocido—. Pero ahora hacedme la merced de apresuraros, que quedan aún otros viajes, y en éste tenéis que remar.

—¡No será, si no me explicáis cómo diantres nadáis!

—En tierra os lo aclararé, Jarnac. Ved que esos buenos aldeanos nos van a juzgar idos de mollera.

—¡En tierra me lo aclararéis!

Y el gascón fué ayudando bruscamente a los cohibidos granjeros, que no comprendían la razón por la que dos hombres que verificaban juntos la más audaz de las hazañas, parecían prontos a pelear.

Apenas llegó de nuevo a tierra la balsa con su segunda carga humana, Jarnac, impaciente, contó los segundos desde que vió saltar al agua a su amigo. Cruzóse de brazos mortificado, cuando frente a él surgió en la ribera la figura del Pirata Negro, escupiendo agua y resollando.

—No soy vieja que crea en narraciones de trasgos y duendes, señor hidalgo—dijo Jarnac con irritación—. Tampoco creo en pactos con Satanás. El río es un río, y ningún ser humano puede atravesarlo bajo el agua a la velocidad que vos habéis empleado..

—Sugiero que indiquéis a esa gente a dónde debe dirigirse.

—¡Aprisa, belitres —rugió el gascón—. ¿Qué hacéis aquí todavía? Quedan aún amigos vuestros en peligro. Llevad la balsa a la ribera adecuada.

Tras el cortejo de varones de Kerdal, transportando la balsa y haciendo comentarios en voz baja, el Pirata Negro sonrió, mientras explicaba lo que para Jarnac constituía un humillante misterio.

—Dijisteis bien cuando afirmasteis: que un río crecido es más fácilmente cruzado por entre dos aguas. Pero un hombre de mar os hubiera dicho que hay un procedimiento más rápido para cruzarlo.

—Ardo en deseos de aprenderlo— gruñó Jarnac.

—Sumergirse hasta el fondo e hincar las manos en el cieno imitando al niño que anda a gatas. Entre el cieno halláis

agarraderos de rocas ya que todo cauce de río, en su fondo contiene ahincadas rocas. Y en vez de nadar fatigosamente, trepáis horizontalmente. ¿Veis cuán sencillo es?

—Piratería — dijo tenuemente Jarnac.

Sonreía ya, apaciguado su amor propio, y en el tercer viaje quiso comprobar personalmente aquella "piratería". Cuando salió a flote frente al caserón inundado, los granjeros vieron reír al coloso rubio, y aquella risa de satisfacción la interpretaron como muestra de contento por salvarles.

—Conocida la triquiñuela, quedamos iguales—dijo Jarnac al encaramarse al tejado, resoplando furiosa y vigorosamente.

Amanecía cuando en el espacio donde antes sobresalían cuatro techos de granja sólo reinaban las aguas del rio Kerdal. Pero en la aldea, alejada de todo peligro, los granjeros, salvados del primero al último, hacíanse lenguas de la prodigiosa fuerza y valentía con que el "marido de la condesa" y el "caballero que parecía un gitano bohemio" habíanles librado de una muerte cierta.

Reconocían que entre los dos tritones habíanse intercambiado frases incongruentes e incomprensibles, y que al final del último salvamento, cuando ya la balsa había rendido el cometido para el que había sido construida, el gascón había dicho a su amigo el "bohemio gitano":

—"En paz quedamos, señor hidalgo Lezama. Lo que hicisteis, hice".

—"Igualados, señor mosquetero. Lo que hagáis, siempre haré".

CAPÍTULO II

La dote de Gabrielle de Civry

Al atardecer del día siguiente a la crecida del río, una carroza se detuvo frente a la escalinata interior del castillo de Kerdal. Descendió una dama, que fué informada respetuosamente por un lacayo que los “señores condes” hallábanse en la aldea.

Gabrielle de Civry dijo que ya había visto a los condes, y pasó al salón, ordenando al lacayo que notificara al caballero Lezama que tuviera la bondad de reunirse con ella.

Mientras aguardaba, Gabrielle de Civry recordó la ocasión en que conoció al Pirata Negro[1] . Entonces era ella una altiva dictadora de la moda en París, a quien desagradó la cortés insolencia del español, que, presentado por Jarnac de Lesperruy como mosquetero, resultó luego ser un pirata excéntrico y caballeroso…, pero también cruel a su manera.

Recordó también con leve rubor que por un instante había creído amar a Carlos Lezama… Sobresaltóse cuando a espaldas de su sillón oyó que el objeto de sus pensamientos la saludaba, diciendo:

—Tengo el honor de declararme de nuevo vuestro rendido esclavo, señora

Ella contempló en silencio al Pirata Negro, que en pie inclinábase levemente.

—¿Puedo con vuestra venia sentarme, señora? Anoche Jarnac y yo hicimos algún ejercicio; y agradeceré que me permitáis oíros sentado.

Ella indicó con un ademán el sillón situado frente al suyo.

—¿A qué debo la extraordinaria honra de veros de nuevo, señora?— preguntó Carlos Lezama, sentándose.

—A mi regreso de la Martinica escribí a Leonie de Kerdal

suplicándola que si por azar veníais vos por aquí, me lo avisara con toda urgencia. Anoche llegasteis y Leonie me mandó un mensajero a caballo. Tan pronto leí la noticia de que estabais en Kerdal, vine.

—Me emociona tal revelación, señora.

—Sois el mismo de siempre—dijo ella. Y la tristeza de sus ademanes impregnados de lasitud, así como la melancolía impresa en su semblante, antaño desafiante y orgulloso, extrañaron al Pirata Negro—. Os burláis de todo.

—De mí mismo en primer lugar, señora.

—Supongo sabréis que hay momentos en que os odio con toda mi alma.

—Me encanta pensar que hay otros momentos, pues, en que no me odiáis. Y, decidme: ¿vinisteis en carroza y a toda prisa para comunicarme vuestros particulares sentimientos referentes a mi humilde personalidad?

—Os detesto—dijo ella roncamente. —Sois hombre que matáis con toda cortesía y que fascináis a cuantos os han conocido. Sois hombre para quien la vida es un juego y el amor una burla. Sois...

—Soy un hombre que no comprende por qué estáis triste, señora. Prodigándome lindezas por ese mismo estilo de ahora os conocí. Pero entonces os replicaba en semejante terreno; porque entonces erais una niña consentida. Hoy sois una mujer que ha sufrido. ¿Puedo inquirir el motivo?

—¡Vos sois el culpable!

—Si fuera hombre descortés, señora, os replicaría que me registrasen. Os dejé prendida en amores con Diego Lucientes, y desde entonces no os he vuelto a ver. ¿De qué, pues, soy culpable?

—Cuando con crueldad de pirata os dispusisteis a ahorcar a Diego, yo intervine. Y, a cambio de su vida, os prometí en dote mi fortuna. Vengo a pagaros lo que os debo.

—No fué eso lo que pregunté, señora. ¿Acaso la tristeza es porque al pagar la dote os quedáis empobrecida?

—Tengo suficiente dinero para nunca pensar en él.

—Más me gustáis así: como antes, orgullosa y desafiante. Sabed que yo también tengo hartura de oro para no pensar en él. Y aquí llevo las de ganar, señora, porque creo que aún está por ver que nadie pueda obligar a hombre alguno a aceptar dinero que no quiere, ni pide, ni nunca aceptará. Fingí admitir vuestro rescate por

la vida de Diego Lucientes; me habría dolido que muriese. Vivo, no hay dinero en el mundo, con toda vuestra fortuna, para pagarle en todo su valor.

Ella cruzó las manos nerviosamente, y por unos instantes surgió en Gabrielle de Civry la niña de buen fondo.

—Es el momento en que no puedo odiaros—dijo con triste sonrisa—. Y, sin embargo, vos sois el responsable de que Diego me haya abandonado.

—Sois bellísima, Gabrielle, y estoy seguro de que cuando amáis ha de ser imposible desear mayor gloria... ¿Cómo es, pues, creíble que Diego Lucientes os haya abandonado? ¿Y qué tengo yo que ver en ello?

—Me dejó una carta. Leedla.

Extrajo de su seno un papel doblado cuidadosamente, que el Pirata Negro examinó arqueando las cejas.

—Quisiera deciros, señora, que cuando despedí a vuestro esposo, bien claro dije que él no era ya un pirata. ¿Cómo permitís que meta yo las narices en intimidades de caballero ajeno?

—En Kerdal nadie sabe que sois pirata, señor Lezama. Leed, por favor, y comprenderéis si tengo razones para detestaros.

Si tal es vuestro deseo...—y el Pirata Negro desdobló la misiva.

“Mi adorada Gaby:

“Los locos amamos insensatamente. Me has dado el Paraíso en la tierra... y huyo de ti. Porque tú eres un ancla de paz, y yo nací inquieto. Tengo que alejarme de la dulzura de cadena que es la guirnalda de tus brazos. Hombre hubo que me hizo conocer la embriagadora maravilla de la aventura de cada minuto... Me refiero al Pirata Negro. Por el Paraíso que tú me brindaste, perdí el paraíso de la vida emocionante que a bordo del “Aquilón” y con Carlos Lezama hallé. Por ti, me aparté de él. Amándote como te amo, no puedo, sin embargo, perdonarte ese trueque. Con tu imagen sangrando en mi alma, te suplico que me olvides, ya que yo nunca podré olvidarte.

”*Diego Lucientes*.”

Carlos Lezama dobló parsimoniosamente la extraña carta, que devolvió a su dueña.

—También os pido perdón en su nombre, señora. Es loco... y es poeta. De esta mezcla salen maridos originales... pero poco

duraderos. ¿Me permitís un consejo?—

—Siempre parecéis suplicar, y nadie domina tanto como vos con la suave ironía que usáis. Hablad.

—El poeta y el loco son como el ebrio y el niño. Hay que perdonarles sus incongruencias. ¿El se fué? Ahogad todo orgullo, e id tras él.

—¿Creéis que no lo hice ya? De París fui a Burdeos, donde me reuní con é1. Vivimos dos semanas de felicidad, y de nuevo desapareció. Supe hallar su pista y lo encontré en Marsella...Allí lo he dejado, porque temí que me matase... ¡Sólo vos podéis devolvérmelo!

—¿Yo? Intentad comprender, señora, que, lamentando vuestra pena de amor, no puedo, sin embargo, traeros amarrado a quien se aparta locamente de vos.

—¿Habéis amado alguna vez?

—Quizá... ¿Qué tiene eso que ver con lo que hablamos?

—¿Os ama ella?

—Murió—dijo secamente el Pirata Negro.

—Perdonadme. Pero... ¡por ella os pido que mi esposo vuelva a mí!

—¿Hay quien pueda aprisionar el susurro del viento? Lamento vuestra pena, señora, pero si os llevasteis de mi barco mi mejor pirata, debisteis comprender que sería un marido peligroso.

Ella levantóse impetuosamente, engarfiando las manos ante el rostro del Pirata Negro.

—¡Os odio! ¡Mereceríais que os denunciase! ¡No lo hago porque los pobres Jarnac y Leonie ignoran quién sois! Pero... rezaré para que algún día conozcáis el horrible tormento que yo sufro.

Y Gabrielle de Civry abandonó el salón a pasos apresurados, oculto el rostro entre las manos. Carlos Lezama sonrió amargamente con sarcasmo.

—¡Maldito Diego Lucientes! Aún lejos de mí, me complicas la existencia y haces llorar a una mujer. ¡Eso, no puedo yo consentírtelo!

* * *

Cuando Jarnac de Lesperruy regresó de acompañar a su esposa, encontró a Carlos Lezama paseándose por el jardín del castillo.

—Es un ángel, y es mi esposa—proclamó el gascón cuando

Leonie de Kerdal, tras saludar al “hidalgo Lezama”, entró en el castillo. Todos los granjeros perjudicados por la inundación rezan por ella. Ha repartido un verdadero fortunón entre ellos.

—Hay hombres que no merecen la esposa que tienen.

—¿Eh?—y el coloso rubio se irguió, amoscado. — ¿Habláis de mí?

—Pensaba en el madrileño que conocisteis a bordo de mi barco.

—¿Diego Lucientes?—sonrió el gascón—. ¡Gran tunante, simpático! Por cierto que debió de hacer algo raro, porque Gaby anda desconsolada, aunque no nos ha explicado los motivos. ¿Los sabéis vos? Mi esposa quedó en advertirla cuando os presentarais por aquí. Creed que me causa gracia ver cómo Gaby sigue pensando que yo ignoro que vos sois..., pues, que sois el Pirata Negro.



—Hay hombres que no se merecen la...

—Tenemos distintos conceptos de las cosas que causan gracia, señor gascón. Siempre os dije que el mantener a vuestra esposa en la ignorancia de cuál es mi verdadera profesión, no es propio de quien como vos la quiere.

—No incumbe a las mujeres lo que entre hombres ocurra. Y..., ¡voto al cuerno!, si estáis enojado, no pague yo vuestro mal humor.

—Tenéis razón. Lo pagará Diego Lucientes.

—¿Diego Lucientes? ¿El hombre que perdió la mitad de un

brazo para salvar vuestro velero?

—Pero hoy es el hombre que huye de la felicidad tranquila y hace llorar a una mujer. Siempre he sido “métomeentodo”, y perdería mi justa fama si no fuera a Marsella a decirle unas palabras al madrileño “Medio Brazo”. Excusadme, pues, si parto esta noche. Os volveré a ver algún día.

—Partiremos esta noche.

—No os pedí compañía.

—¡Oh! No vayáis a pensar que es por acompañaros. ¡Voto a Belcebú! ¿Es que no soy libre de ir a visitar a Diego Lucientes? ¿Mandáis, acaso, en mí? Simpaticé con Diego Lucientes..., y él se alegrará tanto como yo de volverme a ver.

—Todos desean lo contrario de lo que tienen—dijo en voz baja el Pirata Negro—. Esposa, hogar y paz.., y piden lucha, vagabundeo y soltería solitaria.

—¿Mando preparar mis dos mejoren caballos, hidalgo Lezama?

—A poetas, locos, ebrios y niños, nadie debe discutirles sus necedades.

—Me estáis amostazando, hidalgo.

—No os sulfuréis, Jarnac. Con vos no iba mi frase..., ya que no cité a ningún gascón. Sería necedad oponerse a lo que un gascón haga.

Jarnac de Lesperruy se acarició pensativo el mostacho, contempló la burlona sonrisa del Pirata Negro y encogióse de hombros.

—Estamos de acuerdo—dijo, por fin. —Vamos en busca de Diego Lucientes.

CAPITULO III

Las andanzas de un tahúr

La poblada urbe de Marsella poseía en los albores del siglo XVII un puerto donde hallaban refugio cuantos huían de las ciudades interiores francesas. La tolerancia de la justicia debíase a imperativos de orden práctico.

Marsella era el principal centro portuario de la recluta de marinería para los buques corsarios al servicio del rey de Francia.

Y debido a esta característica especial de la ciudad mediterránea, el barrio mal afamado de Marsella rebosaba con la hez de todo el continente: Holandeses plácidamente crueles; Ingleses fríamente criminales; bandidos españoles huidos de galeras; italianos gesticulantes y sinuosos… una mezcla de razas que se enzarzaba continuamente en nocturnas reyertas y orgías sangrientas.

El dinero logrado fácilmente, era dilapidado aún más fácilmente, y por esta razón, la sala de juego de Riton prosperaba grandemente, porque en ella, además de buenas bebidas y amplio espacio, había varias mesas de “piquet volant”.

El “piquet volant” era un juego extremadamente sencillo y cualquier visitante del local de Riton, sin tener conocimiento ninguno del naipe, podía apostar… y ganar algunas veces.

En el centro de las mesas, un círculo de naipes del palo de trébol en escala decreciente, desde el rey hasta el as, se extendían a modo de las doce horas de un reloj; los que se apiñaban a su alrededor colocaban monedas junto a cada una de esas horas especiales.

El “croupier” de las mesas, lanzaba con destreza un naipe que sacaba del paquete que ante sí tenía, y que iba a caer en el centro del reloj de trébol.

La “casa”, es decir: Riton, jugaba siempre el dos. Los otros números que salieran eran pagados con tres veces el valor de la apuesta y el dinero de las cartas perdedoras era retirado por un ayudante el “croupier”, ayudante cuya mayor habilidad era esgrimir la espada.

Si salía el dos, la “casa” se llevaba todo, y era una realidad que Riton estaba amasando buenos luises que su local se veía incesantemente concurrido. Y los ayudantes de “croupier” dirimían con prontitud cuantas discusiones se presentasen. Riton, corpulento y jovial, paseábase lentamente por entre las mesas y cuidaba de que los mozos servidores atendiesen rápidamente las peticiones de los sedientos.

Aquella noche, Riton, en sus habituales paseos vigilantes, dedicó su especial atención a un individuo pelirrojo, de ancha boca truhanesca y rostro joven y simpático, dotado de sonrisa amable, el cual llamaba la atención por su brazo izquierdo manco desde el codo.

Vestía ropas elegantes, pero sucias y descuidadas que revelaban una elástica contextura, de amplias espaldas, estrecha cintura y piernas delgadas. De su cinto colgaba una larga espada de duelista.

Pero si Riton le observaba, no era por aquellas características, sino por otra razón más inquietante. Aquel desconocido, que por vez primera pisaba los dominios de Riton, servíase con demasiada destreza de su única mano.

Tenía una forma particularísima de sostener un montón de monedas entre los dedos formando cartucho y dejándolas junto a una carta cuando ya estaba en el aire el naipe lanzado por el “croupier”.

Y cuando en ocasión en que salía boca arriba el dos, el desconocido manco que iba a colocar sus monedas en el tres, levantó la mano sin depositar el dinero, Riton quedó convencido de que, pese a sus continuas libaciones, el manco sabía beber… y sabía jugar, cosas ambas que no convenían a los intereses de la casa.

Riton dio un leve codazo al ayudante del “croupier” al pasar a la mesa donde jugaba el pelirrojo manco. Su guiño fue advertido e interpretado adecuadamente por el perdonavidas que siguió la dirección de la mirada de Riton.

Y el dueño de la sala de juego apartóse prudentemente, cuando

vió que su aviso había sido recogido. El perdonavidas aplicó con pesadez su bota sobre el deslustrado pero elegante zapato de hebilla del manco, quien, con acento extranjero de meridional, pero en excelente francés, comentó:

—Callos y juanetes no tengo en el pie que pisas, compañero. Pero quita tu pezuña que soy hombre sensible.

El interpelado miró torvamente al que hablaba, a la vez que dando un paso atrás exclamaba:

—Cuide lo que dice, caballero. En este local viene el público a entretenerse y no a provocar querellas.

—Hasta ahora sólo se querellaron tu bota y mi zapato. Pero te huelo, ratón, dijo el gato al bichito.

Y el pelirrojo, sonriendo amablemente, dejó las monedas que sostenía entre los dedos en la bolsa abierta que colgaba del centro de su cinto. Su mano apoyóse en la guarda de su espada. Los demás jugadores observaban con interés la naciente disputa entre el manco pelirrojo y Grandin, que era precisamente el mejor de los bravucones de Riton.

—Porque estáis ebrio y sois un infeliz manco, me limitaré a echaros, caballero—dijo Grandin, avanzando.

El pie del pelirrojo proyectóse hacia arriba con inesperada velocidad, alcanzando al perdonavidas en pleno estómago. Grandin, con un ronco gruñido de dolor, doblóse en dos, llevándose las manos a la parte tan duramente contusionada.

—Si estoy ebrio es porque me apetece—replicó amablemente el manco— y si me falta medio brazo, me sobran pies, tunantito tunantón.

Grandin tenía una anatomía sufrida y acostumbrada a los golpes. Pasados los efectos del puntapié inesperado, desenvainó coléricamente.

—¡En guardia, manco! — rezongó furioso, atacando traidoramente.

Pronto vamos a ser dos mancos— dijo el pelirrojo, que diestramente había desenvainado, parando con celeridad las dos primeras estocadas asestadas alevosamente.

Grandin fué reculando con creciente sorpresa, ante la hábil esgrima del desconocido manco, que demostrando ser un completo espadachín, prodigaba toda clase de difíciles golpes y paraba

genialmente los más arteros ataques.

—¡A mí, Barbu!— gritó angustiado el perdonavidas, acorralado contra la pared y defendiéndose desesperadamente ante el aluvión de acerados relámpagos que el manco le destinaba.

Un corpulento y barbudo ayudante de "croupier" llegó lateralmente en socorro de su comprometido compañero. El manco dobló la rodilla, tendióle a fondo y cuando llegaba Barbu, Grandin había soltado su espada, atravesado el brazo derecho por un fuerte golpe en sesgo que cortó la carne hasta el hueso.

Y la espada sangrienta del manco chocó estruendosamente con la astuta hoja de acero del nuevo enemigo, que había llegado unos segundos tarde y que ahora veíase forzado a sostener un combate cuyo fin preveía, dada la suerte de Grandin, que yacía en el suelo hipando dolorosamente.

La espada de Barbu saltó de sus manos, y el manco apoyó la punta de su acero en la garganta de su adversario.

—Te llamarán seguramente Barbu, porque llevas tal barbaza. Quiero que te llamen barbitas.

Y con diestro tajo del afilado extremo de su espada, cortó un mechón de barba al perdonavidas, que retrocedió presuroso.

Mientras algunos de los jugadores reían, y el naipe volvía a volar de manos del "croupier" al centro de la mesa, el manco envainó pausadamente y tocó con la punta de su zapato al yacente Grandin.

—Tendrán que cortarte el brazo, ratoncito. Y seguramente te molestará que te llamen manco infeliz.

Volvióse prestamente el pelirrojo al sentirse tocar en el hombro.

—Quisiera hablaros, señor. Yo soy Riton, el dueño de la casa.

—Hablemos. Yo soy Diego Lucientes, dueño de mí mismo.

Riton señaló la puerta de una habitación cercana, dónde tenía instalado un surtido particular de barajas trucadas y bebidas suaves.

—Allí estaremos mejor, señor Diego Lucientes. ¿Español?

—Madrileño de los madriles del Avapiés—dijo el pelirrojo, echando a andar junto al dueño y entrando es su despacho privado —. Soltero a ratos, antiguo bachiller, hombre de mar, de naipe y de espada. Veinticuatro años golosos y bebedores.

Riton escanció una fuerte mezcla de ron, ginebra y vinillo dulce de Burdeos. La tendió al estudiante mientras él se sentaba. Diego Lucientes apuró de un sorbo el contenido del vaso y chasqueó la

lengua contra el paladar,

—No es moco de pavo, señor Riton —declaró satisfecho, sentándose.

—¿Queréis repetir?

—Si seguís insistiendo, dijo la remilgada damisela, tendré que dejarme besar. Vertid nuevo brebaje, señor Riton, que mi cerebro halla felicidad y reposo en el espíritu alado del alcohol.

Por espacio de unos segundos, Riton observó cómo bebía el estudiante y esperó su reacción. Aquella mezcla había derribado a hombres de gran fortaleza, pero el madrileño ostentó solamente,un brillo mayor en sus ojos.

—Sabéis beber, señor Lucientes.

—Beber, todo el mundo puede. Saber beber, es ciencia que se adquiere a costa de muchas borracheras. Hoy ya no me emborracho.

—Eso es lo que quería comprobar. Me ha gustado vuestra espada, vuestra serenidad y el talante con el que habéis inutilizado a Grandin y humillado gentilmente a Barbu. Tenéis buena escuela.

—El mejor de los geniales caballeros fué mi mejor maestro. Dadme otro trago a la salud del capitán Carlos Lezama.

—Ved que otra tercera mezcla puede aniquilar vuestra cordura.

—¿A qué citar inexistencias? Cordura no tengo, y siempre observo una buena costumbre. La primera ronda de diez copas es para calentarme la boca, la segunda para paladear, la tercera para alegrarme, y la cuarta nunca la tomo.

—¿Queréis jugar conmigo una partida de “piquet volant”?—preguntó Riton cuando el madrileño hubo bebido. Le tendió una baraja.

—Vos me visteis apostar. Os acercasteis, olfateasteis, os asustasteis y disteis codillo a Grandin. Comprendí, espadeé, y ahora os gustaría saber si quiero ser un “croupier” inofensivo. ¿Quién desconfiará de un manco?,

Con su única mano, el bachiller hizo correr los dedos mezclando las cartas. Empujando con el pulgar dibujó un círculo de naipes sobre la mesa.

—¡“Saperlipopette”!— susurró el marsellés al ver extendidas sobre la mesa las doce cartas del palo de trébol—. ¿Cómo sabíais, sin mirarlas, y barajándolas, que os iban a salir las doce de trébol?

—Gran Riton, escuchad con orejas complacientes la discreta parábola que os contaré del toro al que aserraron un cuerno. Para que las vacas no se burlasen de él a carcajada limpia, pasóse un año introduciendo y sacando el único cuerno que le quedaba en el hoyo de una roca. Lo afiló tanto, que luego hasta las mismas vacas decían que nunca habían visto toro que fuese más toro que él.

—Y vos habéis ejercitado hasta la magia la flexibilidad de vuestros dedos. Soy jugador y apuesto al tres; acabo de llegar con mucho dinero sonante. Lanzad el naipe.

Diego Lucientes, sin mirar la baraja, empujó con el pulgar, y un tres de corazones quedó en el centro del círculo. Riton sonrió complacido.

—Sois listo. Habéis comprendido que el jugador entusiasmado dejará hasta su último céntimo, Soy un mísero que viene a apostar de un golpe sus reservas. Las coloco en el cinco.

Un siete se abatió y Riton rió suavemente.

—La "casa" acaba, de pagar una fuerte ronda para que no decaigan los ánimos. Ahora las apuestas son fuertes y...

Un dos de cuadros quedó boca arriba y Riton rió a carcajadas.

—Vos sois mi hombre. Vuestra diestra vale su peso en oro. ¿Cuánto pedís por ser "croupier" y espadachín, si hace falta?

—Treinta y nueve copas de los licores y vinos que se me antojen; la comida que yo elija; una cama blanda, papel y pluma para mis poesías de madrugada, y habitación solitaria.

—¿No pedís dinero?

—Jugaremos una partidita de vez en cuando.

* * *

A las dos semanas de la llegada del nuevo tahúr, Riton frotábase las manos con vigor y contento cada vez que miraba hacia la poblada mesa donde Diego Lucientes, con su única mano y su sonrisa de simpático granuja, conseguía el milagro de hacer reir a los perdedores desplumados, que no desconfiaban de un manco bebedor y charlatán.

Cuando un servidor dejó junto a Diego Lucientes la copa veintiocho ya sólo quedaban tres jugadores, que tras una última tentativa desafortunada, se fueron con el bolsillo ligero prometiéndose no volver nunca más, como hacían todas las noches.

Diego Lucientes apuró su copa veintinueve y se levantó. Al pasar

ante el mostrador de la escalera que conducía al piso alto donde estaba su habitación, cogió una botella de champaña que colocó bajo su brazo manco.

—¿No decías que nunca tomabas la cuarta ronda?—dijo Riton.

—Esta madrugada me siento inspirado. La luna resbala por el tejado y entra en mi buhardilla dibujando la silueta de mi Gaby. Y como decía el capitán Carlos Lezama: “La luna vierte dulce melancolía y bonachona burla”.

—Siempre citas a ese capitán Lezama. ¿Es amigo tuyo? ¿O es personaje de un libro?





—Siempre citas a este capitán Lezama...

—Es personaje que a libros pasará algún día. Quizás escriba yo mismo su historia cuando entre en Cartuja.

Subió el madrileño a su buhardilla donde reinaba un desorden completo. Aproximóse a la ventana y contempló la luna que rielaba en el lejano mar.

—Triste es ser un indeciso loco, amiga luna—fué diciendo—. La dejé y es un infierno vivir sin ella. Pero no quiero volver a ella. Ven acá, chispeante frasco de jugo picante y espirituoso; ayúdame.

Volcada hacia atrás la cabeza, el madrileño bebió la mitad del frasco. Sentóse, algo tambaleante, en la mesita cercana a la ventana, y cogiendo la pluma empezó a escribir...

Reía a carcajadas, cuando la puerta se abrió. Sin mirar, el madrileño cesó de reír.

—¿Quién osa turbar la soledad mística de un borracho poético?

—Yo.

El breve monosílabo hizo pegar un respingo al estudiante, que pasóse la diestra sudorosa por la frente helada. En el umbral de la puerta vió la figura arrogante de Carlos Lezama, seguido de Jarnac de Lesperruy.

—¿Visión de alcohol? ¿Burla de luna? ¿Eres tú, capitán Lezama?

—Yo soy, Diego Lucientes. Trabajo nos costó dar contigo. Pronto la luna se apagará; son ya las cinco de la madrugada. ¿Dónde están tus sillas?

—Mi camastro es blando. Sentaos, señores; la noche es todavía joven.

Jarnac de Lesperruy comprendió que Lucientes estaba borracho, y fué a sentarse silenciosamente en el camastro, que crujió gemebundo. Carlos Lezama paseó por la estrecha y oblonga buhardilla.

—¿No tenías esposa, estudiante?— preguntó el Pirata Negro con voz dura.

—Una esposa es siempre un peso muerto en la vida de un hombre emprendedor y aventurero como yo — sonrió Lucientes, reclinándose contra la pared, sentado en la silla.

—¡Diréis un oasis!—exclamó Jarnac impetuosamente.

—¡Abajo los oasis!—gritó Lucientes, y mirando a Lezama, preguntó: —¿Quién es ese hércules que sopla con vozarrón de galerna?

—Mañana, al atardecer, te lo diré. El, como tú y como yo, es aventurero y emprendedor. Tiene una esposa bellísima, como la tuya, y la ama. Por eso habló de un oasis.

—¿Tú crees, capitán Lezama, que he nacido para pasarme la vida entre cuatro paredes, zurciendo calceta?

—Naturalmente que no, bachiller.

—Estoy acostumbrado... desde que te conocí, capitán Lezama, a vivir de otro modo, a andar de un lado para otro, a mezclarme donde haya peligro y novedad. Lo monótono me desespera. Mi desgracia es estar enamorado de una mujer buena, a la cual nada puedo reprochar, pero que, como todas piensa que sólo es posible vivir en casita, con un canario en el balcón y arrullando al nene que algún día vendrá. Y yo no nací para eso.

—Cierto. La única vida digna, de ti, estudiante, es la vida solitaria y errante que deseas. Toda otra existencia trae consigo preocupaciones mezquinas, indignas de verdaderos hombres.

—¡Eso, eso!—aplaudió el madrileño, que se levantó vacilante—. Voy a buscar copas y vinillo para celebrar tan gran recuerdo.

Cuando salió Lucientes, Jarnac rodó los ojos, furibundo.

—¡Diantres de diantres!—vociferó. — ¿Así es cómo vais a devolverlo a su esposa, según os proponéis? Sacudidle un par de sopapos.

—Pienso algo mejor. Lo hartaré do emociones. Las crearé especiales y únicas en su honor. Voy a convertir el lugar donde él esté y vaya en zafarranchos demoníacos, donde las espadas rechinen y las pistolas crepiten. Todo por Gabrielle de Civry, su huidiza esposa.

Jarnac de Lesperruy atusóse el mostacho con alegre continente.

—Me gusta la idea—dijo brevemente.

Entró Lucientes portando en equilibrio sobre su barbilla un frasco alargado, y boca abajo, en su mano, tres copas. Depositó las copas en la mesita, dió una sacudida con la nuca y recogió hábilmente la botella.

—Un hombre que posee estas cualidades—dijo Lezama—, no debe permitir que una mujer, sea quien sea, le aprisione.

—Exacto. Yo soy un vagabundo lírico de la poesía del mar—divagó el bachiller mientras servía vino,

—¿Poesía de mar en este tabernucho? -

—Suena el mar allá—dijo dignamente Lucientes, señalando con su botella la ventana—. Y lo tengo dentro de mis oídos. Me alegra verte, capitán Lezama. Juntos podríamos ir a Villefranche. Está cerca; una gran bahía donde moran antiguos piratas, dándoselas de señores corsarios. ¿Cabalgamos bajo la luna y nos vamos a

Villefranche?

—Al atardecer, estudiante. ¿Bebes para olvidar a Gabrielle?

Diego Lucientes asintió a cabezadas. Jarnac intervino.

—Ella es buena, Lucientes; os quiere y os puede redimir de extravíos futuros que pueden perderos para siempre.

Diego Lucientes pegóse en la boca para ensordecer un hipo.

—¿Qué sopla ese rubio coloso, capitán Lezama?

—Dice que no hay mejor bálsamo que los recuerdos de una mujer enamorada.

—¡Abajo los recuerdos de mujeres enamoradas! Los re... recuerdos son lastre inútil..., ¿no, capi...tán Lezama? Y uno se va a... a pique a causa de los recuerdos.

—Eso es, Medio Brazo. No, no quiero beber. Apura tú el fondo de la botella. Aprende a sepultar el día que pasa. Vivir para el futuro es de ilusos, y vivir para el pasado es de imbéciles... .

—¡Abajo los imbéciles! ¡Muerte a todos ellos! Lo único real es el momento que se vive... Gaby es el pasado.

—Cierto. Lo mejor será que enviudes, estudiante.

Diego Lucientes dió en el suelo un taconazo que más bien fué un resbalón.

—Te... te prohíbo, capitán..., que hables mal de ella, ¿sabes?.. Ya no soy pirata tuyo... Me echaste... Y tengo espada... Si dices mal de ella, me matarás espada en mano...

Jarnac de Lesperruy había optado por callarse, y contemplaba absorto a sus dos amigos.

—No me has comprendido, estudiante. Dije que lo mejor sería que ella se quedara viuda, porque es virtuosa, y tú eres un bandido borrachín y fullero.

—Eso es ya otra cosa—dijo sonriente Lucientes—. Yo... creo que en Ville— franche... un buen reposo... y Gaby, la pobrecita, se quedará viuda... ¡Vi... va Vi...llefranche!

Diego Lucientes apoyó la ardorosa frente en la mesa y su brazo cayó inerte a un costado. Jarnac de Lesperruy había ya decidido para su coleto que Lezama y Lucientes eran un par de locos... en cuya compañía estaba muy a gusto, pensando en los sabrosos “zafarranchos demoníacos” que se aproximaban.

Carlos Lezama cogió en brazos, levantándolo en vilo, al madrileño. Lo depositó en la cama.

—Le tengo cariño a ese perdulario —dijo el Pirata Negro—. Será, quizá, porque se me parece en determinados aspectos. Se alejó de ella porque la cree demasiado buena para él. Esa es la verdad que nos pretende ocultar.

—Bien, bien. Pero, ¿vamos o no a Villefranche?

—Esta tarde, junto a ese camastro, habrá ropa nueva para el atildado Diego Lucientes, que irá a reposar a Villefranche conmigo. Pero vos, Jarnac, regresad a Kerdal. Que enviude Gabrielle de Civry, está bien, pero Leonie de Kerdal no puede enviudar por mi culpa.

El puñetazo que Jarnac dió en la mesita la rompió, despertando por un instante al madrileño de su completa borrachera. Volvió a sumirse en la inconsciencia, murmurando:

—Tormenta... en alta mar... Truenos...

—¡Va a haber tormenta real, por mil calzones de galopines!... —tronó Jarnac, mirando enfurecido al sonriente Pirata Negro—. Donde vayan a pelear dos espadachines como vosotros dos, queda sitio para un tercero de mi gran categoría. O sea: que no me ofendáis, hidalgo, y tengamos la fiesta en paz.

—¿En paz?—rió el Pirata Negro—. Me temo que no emplearán esa palabra los que viven en reposo en Villefranche.

CAPITULO IV

Reposo en Villefranche

Por la misma razón que en Marsella se toleraba el semillero de bandidaje para surtir las tripulaciones de los buques corsarios franceses, en Villefranche, la bahía de la Baja Saboya, reinaban absolutamente los antiguos piratas enriquecidos, que ahora servían como jefes corsarios al Rey de Francia.

Villefranche tenía una rada amplísima, donde anclaban bergantines corsarios artillados; las calles de la reducida zona edificada eran transitadas exclusivamente por corsarios; y los palacios de la cumbre que elevábase en pequeña loma sobre la bahía, eran propiedad de los jefes corsarios.

Allí, en aquellos palacios, habían almacenado su botín, y vivían en el lujo, pudiendo decirse que eran los primeros magnates acaudalados que que retiraron a la Riviera, preludiando a futuros congéneres.

Cuando fueron cayendo en manos de los piratas numerosos barcos de la Armada francesa, el Rey de Francia, exasperado, dió licencia y perdón a cuanto pirata francés quisiera adquirir patente de corso para luchar contra sus antiguos hermanos de profesión.

Y así nació Villefranche, de donde los perdonados piratas franceses, para demostrar su gratitud al Rey, partían en fructuosas expediciones contra los restantes salteadores de mar, que no poseían licencia de corso.

Cuando entraron tres jinetes por la calle principal de la reducida población corsaria, sólo había tres jefes corsarios en sus palacios. Los demás estaban de “turno” en el mar.

Y Montbar, el irlandés-francés; Loup, el provenzal, y Duque, el tinerfeño, eran los tres jefes corsarios que hallábanse en reposo,

dedicados sólo a comer deleitosamente, pasear apaciblemente e ir contando sus caudales.

—Una taifa de poltrones, zánganos y haraganes—comentó el Pirata Negro, mientras los tres caballos iban al paso—. Creo que ni valen siquiera la cuerda del verdugo.

Diego Lucientes, vestido con ropas rutilantes e impecables, aspiraba a todo pulmón la salobre brisa del Mediterráneo. Había reconocido, al despertar de su embriaguez, a Jarnac, y, alternándose en el uso de la palabra, habían explicado a Carlos Lezama la original constitución de la ciudad de Villefranche, donde sólo los corsarios tenían acceso.

Los tres jinetes fingían no darse cuenta de los grupos de corsarios, que comentaban burlones el extravío de aquellos "ciudadanos burgueses" que habíanse metido en Villefranche por error en su ruta.

Ante el edificio mayor de los escasos construidos en Villefranche, donde la mayoría preferían residir en sus barcos, detuviéronse los tres jinetes. Desmontaron y ataron con parsimonia las riendas de sus caballos en el poste horizontal que rodeaba una plataforma que, a modo de galería, elevábase alrededor del edificio cuya gran puerta abierta y ventanales mostraban en el interior una concurrencia de bebedores.

Un corsario acercóse al grupo de los recién llegados.

—¡Hola!—chocó sus manos el Pirata Negro—. ¿Quién abreva los caballos en esa pocilga de posada?

El corsario rió como si acabara do oír la más graciosa ocurrencia.

—¿Posada en Villefranche?.. Vete enhoramala, forastero, que aquí no queremos burgueses.

El Pirata Negro no hizo aparentemente ningún gesto, pero, de pronto, el corsario encontróse rodando por los suelos, de resultas de una violenta puñada en el rostro. Levantóse sangrando por los labios partidos y abalanzóse salvajemente contra su agresor.

Jarnac y Lucientes examinaban el edificio como interesados viajeros.

El Pirata Negro saltó de lado, y, cuando el corsario falló su acometida, le aplicó en la espalda la suela de la bota, y con recia patada lo envió de nuevo de bruces al suelo, en donde ya quedó

inmóvil, a causa de la dureza del choque.

Silenciosamente y con expresión amenazadora varios corsarios fueron formando un círculo de hoscos semblantes y puños crispados, en cuyo interior quedaron los tres amigos.

El Pirata Negro cruzóse de brazos.

—¿Qué pueblo de palurdos es éste, donde los mozos de mesón acogen a los viajeros en forma tan descortés?

—Eso digo yo — añadió Jarnac, y con imperativo gesto gritó—: ¡Ah del mesón! Empiezo a impacientarme, y, ¡voto al cuerno!, que un capitán de los mosqueteros reales no está acostumbrado a esperar.

Un breve conciliábulo tenía lugar entre varios corsarios. Uno de ellos; a regañadientes, avanzó un paso.

—Estáis en Villefranche, ciudad corsaria. No hay posada ni se admiten viajeros. Seguid vuestro camino.

—¿Sabes con quién estás hablando, malandrín?—rugió Jarnac —. ¡Respeta al Rey en mi persona!

—Se me da un higo de tu Rey, mosquetero...

Jarnac de Lesperruy adelantó sus dos manazas, colocando una en la nuca del corsario y otra en su entrepierna. Lo levantó por encima de su cabeza y con una enérgica impulsión de riñones lanzó a lo lejos, por sobre el círculo de corsarios, al imprudente irrespetuoso.

La rapidez con que habíase convertido el que hablaba en proyectil humano, paralizó de estupor por unos instantes a los otros, que, rehaciéndose, prorrumpieron en imprecaciones...

Diego Lucientes desenvainó, mientras las manos del Pirata Negro descendían hacia su cinto.

—Eso empieza antes de tiempo—musitó el madrileño.

—Atiende a babor, estudiante. Estribor y popa para mí, y proa para vos, Jarnac.

Los tres hombres aguardaron el ataque con las espadas desenvainadas, pero una voz seca y autoritaria hizo detenerse a los corsarios, que disponíanse a cerrar el círculo de puñales y espadas desenvainadas.

—¡Armas quietas! ¿Quiénes son esos forasteros?

El que había intervenido tan oportunamente era un hombrachón canoso que vestía lujosas ropas bordadas en oro y chambergo de

marino real.

Una algarabía de voces explicándose a la vez, fué silenciada por la breve exclamación de enojo de Loup, el jefe corsario francés.

—¡Formación!

Los corsarios enmudecieron todos a una y quedaron disciplinadamente alineados, rígidos, en hileras de cuatro en fondo.

—Maravilla ver ese temple de marinos—comentó el Pirata Negro, envainando—. ¿No es cierto, Jarnac?

—Ese caballero nos va a dar cuenta de por qué demonios se nos ha recibido tan groseramente—dijo el mosquetero, envainando a su vez.

Jean Loup arqueó las cejas y señaló con la mano a los dos corsarios que, yaciendo en el suelo, intentaban trabajosamente incorporarse.

—El uno sangra de rostro y el otro está quebrado—dijo con seca entonación autoritaria—. Explicad qué bravata es ésta. ¿Quiénes sois?

—Hombres de paz si en paz nos dejan —habló el Pirata Negro—. Pedimos posada, y recibimos insultos. Esa es nuestra explicación—y a su vez señaló Lezama a los malheridos corsarios—. Y tú, ¿quién eres, que tan pronto eres obedecido... por los demás?

—Soy Loup—declaró orgullosamente el jefe corsario, cuyo nombre era conocidísimo en toda Francia y en los mares surcados por piratas.

—Y yo soy Carlos Lezama. Encantados de conocernos. ¿Nos quieres indicar dónde está la posada de este pueblucho?

—El tono insolente y la patente sorna de las palabras del Pirata Negro hicieron enrojecer al jefe corsario, cuya categoría era igual a la de un contraalmirante de la Armada.

—Villefranche es ciudad corsaria, y admite sólo a huéspedes de sus jefes. Yo soy uno de los jefes actualmente en reposo. ¿Procurarás, ahora medir tus palabras, forastero?

—Cuando tus hombres midan sus modales y los pongan a tu nivel. Vinimos en son de paz, y parece que no os gusta recibir a los viajeros.

—Hablas con un sonsonete de mando que no es usual en quien imprudentemente viene a esta comarca.

—En mi comarca no es usual que nadie me hable con ese tonillo

tuyo, Loup.

—Por tu acento eres español, y bien se nota — dijo Loup, irritado—. ¿No tienes ojos en la cara? ¿No ves que ahí tengo alineados a veinte de mis corsarios?—

—Y tú ¿no ves que nosotros tres valemos por cien de tus mequetrefes? — gritó Jarnac—. Hora es ya de que sepas que soy Jarnac de Lesperruy, la primera espada de Francia, y capitán de los mosqueteros reales.

En los privilegios concedidos a Villefranche no figuraba el de asesinar impunemente a un capitán de los mosqueteros del Rey. Jean Loup procuró sonreír.

—Debiste hablar antes, Lesperruy. Tu nombre me es conocido, y, como yo, eres un jefe al servicio del Rey. Eres, pues, mi huésped. ¡Romped filas!

Los corsarios entraron en el gran edificio, obedeciendo un gesto de Loup.

—¿Vienes en misión de servicio, Lesperruy?

—Acompaño a mis dos amigos por Francia. Son españoles y marinos. El Rey desea que se les tributen los mismos honores que a mí.

—Como españoles que son, preferirán, sin duda alguna, recibir hospedaje en el palacio de Eutropio Duque, el tinerfeño. Hora es de yantar; si me acompañáis, os presentaré a Montbar, nuestro jefe común, y al tinerfeño. Solemos almorzar juntos, en el palacio de Montbar.

Un corsario acercábase portando de las riendas un magnífico alazán, que el atlético Loup montó, mientras los tres amigos ensillaban. Marcialmente, el jefe corsario partió al galope, como para indicar que era quien debía ir en cabeza.

Carlos Lezama espoleó su caballo y, adelantándose a Loup, fué aumentando su galope. Jarnac colocóse bota a bota con el corsario.

—Tu amigo es un bravucón, Lesperruy—dijo Loup, picando espuelas—. Mal fin le presagio en Villefranche si sigue con sus intemperancias.

A espaldas de Loup resonó la carcajada de Diego Lucientes. El jefe corsario volvióse, sin dejar de galopar.

—¿Qué le pasa a éste? ¿Por qué se ríe, Lesperruy?

—Ambos son españoles y algo excéntricos, Loup. No hagas

caso… Te conviene acomodarte a su manera de ser.

—¿Sí?.. Ya procuraré yo hacerles comprender que en Villefranche no nos son gratos los españoles excéntricos. Montbar no tendrá mi paciencia.

Y Loup aplicó, furioso, algunos violentos espolazos al bruto que montaba, partiendo como una exhalación. Era un caballo de pura sangre, que adelantó al montado por Carlos Lezama.

Cuando los tres amigos enfilaron la umbría alameda florida que conducía a una amplia rotonda de parterres, ya Jean Loup había desmontado ante la escalinata de un espléndido edificio de mármol.

Sin decir palabra, Jean Loup entró, atravesando magníficos salones cubiertos de mullidas alfombras, ricos tapices y escogido mobiliario. En una vasta sala reluciente de cristalería y plata que destellaba sobre una mesa, con cuatro sillones rodeando el mantel de delicada labor de encaje, un hombre en la plenitud de su vida, de recia y nervuda musculatura y aparatosa presencia, salió al encuentro de Jean Loup.

Los rasgos de su fisonomía eran correctos, y aun hubieran podido parecer agradables si no los cruzara un rictus de ferocidad y de violencia grabado en quién sabe qué monstruosa contemplación de cadáveres ensangrentados.

Era Liam Montbar, el irlandés por nacimiento y francés por madre.

—Te has anticipado a la hora, Loup —habló el irlandés con sonora voz de atractivo matiz—. No han llegado aún Duque ni tu esposa.

—Ahí viene un forastero cuya calavera quiero ver pender de mi cinto de batalla—susurró roncamente Jean Loup.

Los verdes ojos de Montbar, extrañamente tachonados de toques violeta, ojos de irlandés norteño, se posaron en los tres hombres que atravesaban en aquel momento el segundo salón.

—¿Cuál de ellos? ¿El rubio gigante?..

—El que citas es intocable, porque es Lesperruy, el capitán mosquetero. Quiero la calavera del moreno, que ahora nos mira con tanta maldita presunción y arrogancia. Es un español, así como el manco. Marinos.

Montbar avanzó unos pasos, rectificando las puntas de su cuello de encajes triangular, que resaltaba en la verde tela de su elegante

jubón. La empuñadura de su espada destellaba en diamantes.

—Como servidor del Rey, te saludo, Lesperruy. Te invito, así como a tus dos amigos, a almorzar en nuestra compañía. Señores, me llamo Liam Montbar y esta humilde morada es vuestra.

Carlos Lezama inclinóse levemente, recorriendo con la mirada el lujoso comedor.

—Si te parece humilde tu morada, Montbar, debes ser rey de los corsarios. Mi nombre es Carlos Lezama.

—¿Lezama?—y el irlandés entrecerró los ojos—. ¿Dónde oí antes de ahora este nombre?

—Hay una hierba panameña así llamada. Es agridulce—dijo sonriente el Pirata Negro—. Si has estado por el Caribe, has debido de oír hablar de Lezama.

—Seguramente así ha sido—replicó Montbar—. Tomad asiento, señores. ¿También español el otro caballero que te acompaña, Lesperruy?

Los cinco hombres se acomodaron alrededor de la mesa, después de qua Jean Loup hubo acercado un sillón para sí.

—Diego Lucientes, hombre de letras —dijo el Pirata Negro—. Era mi lugarteniente en el mar.

—¿En el mar? ¿Qué mar?—inquirió el irlandés.

—Todos los espacios donde agua salada hay. Navego en velero maniobrero.

—Dijiste que Lucientes "era" tu segundo—comentó Montbar—. ¿Ha dejado de ser tu hombre de confianza por la pérdida del antebrazo?

—Se casó. Pero hablemos mejor de Villefranche y sus palacios. Ganas me entran de hacerme corsario, cuando tan bien se vive. No sé dónde, oí decir que los corsarios eran piratas de salón. Casi lo creo.

Jean Loup blasfemó en voz baja. Montbar sonrió y su sonrisa fué un prodigio de maldad.

—Gracias a su poderosa Armada, los marinos españoles desconocen la real personalidad de los corsarios franceses.

—Tú eres irlandés.

—Al servicio de Francia. También tú llevas nombre panameño y eres español.

—La América pertenece a España,.Y antes cometiste un error al

pretender que yo no conocía la verdadera personalidad de los corsarios. Te dije que he navegado lo suficiente para conocer toda clase de seres de todos los calibres y calañas.

Jean Loup levantóse a medias, pero Montbar extendió una mano nervuda.

—Siéntate, Loup—dijo dulcemente. —¿Querías hablar?

—Provoca...—y la cólera hizo atragantarse al francés—. Este hombre nos provoca continuamente; con la mirada, con su burlona sonrisa...

—Hábitos, quizá, de marino español, ¿no es así, Lezama? Lo que sí es cierto es que pareces charlatán; tú hablas, mientras quedan mudos quienes, como Lesperruy por capitán mosquetero y Lucientes por hombre cortés, tendrían más derecho a hablar.

—Dame cuerda—dijo Lucientes—, y oirás que yo también charlo hasta por el codo que me falta.

Jarnac de Lesperruy atusóse el mostacho con gran regocijo. Odiaba a los corsarios, y la conversación iniciada ofrecía barruntos de próximo “zafarrancho demoníaco”.

—Quizá deberías advertir a tus dos amigos—aconsejó Montbar con un fugaz destello amenazador en los hermosos ojos—que quien mucho habla, a veces se ve obligado a sacar la espada en esta región.

—Quedaron advertidos antes de venir—concedió el, mosquetero —. Son dos espadachines peligrosos, y por eso son buenos amigos míos.

—¿Sí?—pronunció suavemente el irlandés—. Quizá entonces podamos llegar a un arreglo si son hombres de pelea. Dime, Lezama: ¿qué opinión te merecen los corsarios?

—Son piratas que se escudan bajo pabellón real, generalmente cuando llegan a ser maduros granujas. ¿Te duele la garganta, Loup? Cúidate la presión sanguínea, muchacho; te vaticino una muerte por hemorragia o apoplejía.

Montbar sonrió y de nuevo ofreció una gran semblanza con un gato montés.

—Tengo cuarenta y tres años, Lezama. He conocido pocos hombres que con tu estilo de hablar llegasen a viejos.

—Lo mismo me dijo un pirata llamado Assolant... y cría malvas diez pies bajo tierra. Yo tengo treinta y dos, y he enterrado a

muchos que tenían once años más que yo.

—¡Magnífico! — musitó el irlandés, admirado—. Necesito un hombre como tú... cuando sepa si también tu manera de combatir iguala tu dureza de lengua.

—Pruébame cuando quieras.

—Habrá tiempo sobrado. ¿O piensas marcharte pronto de Villefranche?

—Me marcharé... cuando tal sea mi buena voluntad.

Diego Lucientes prorrumpió en breve carcajada. Montbar le miró cejijunto, mientras Jean Loup adquiría un tinte violáceo con sus esfuerzos por dominarse.

—Parece ser, Lesperruy, que tus amigos desean suicidarse—dijo Montbar con amable entonación. Y con arranque propio de su carácter irlandés, púsose en pie, cerrando los dos puños, que apretó contra su ancho tórax—. Yo mando en Villefranche, y dispongo de trescientos corsarios. Vuelve a reír, ¡manco del diablo!, y vuelve tú a provocarme, ¡maldito marino español! y os juro que mis hombres os harán trizas. A una palmada mía acuden los corsarios de mi guardia y....

Repentinamente, Montbar sonrió y volvió a sentarse. Sacó un pañuelo finamente bordado, y se enjugó los labios.

Ríe un poco, estudiante — dijo Lezama—. ¿Viste que efecto le causa tu risa a nuestro anfitrión? Escúchame, Montbar; me has llamado maldito, y a mi segundo le has calificado de manco del diablo. Esto es provocarnos.

Jean Loup resopló congestionado. Montbar siguió sonriendo.

—Dominas a la perfección el arte de volver las cosas al revés y veo que le das poca importancia a tu vida. Continúa explicándome tu opinión sobre los corsarios. Tiempo quedará de demostrarte en que avispero has ido a meterte.

—Tomad nota, Jarnac, de que de nuevo he sido provocado. ¿Quieres saber qué eres? Hoy, un felón amparado bajo las faldas del manto real, pero como ex pirata eres un ser rechazado por la sociedad, burel por instinto, ávido de oro, vicioso y empedernido ladrón.

—¿No poseo ninguna buena cualidad, entonces?

—Debes de ser, por costumbre de batallar, duro, resistente, impávido en los sufrimientos, porque has llegado a jefe supremo, y

seguramente despreciarás los peligros, serás atrevido, ingenioso, oportuno... y más calculador y rápido que valiente. Y apuesto doble contra sencillo a que serás maestro cumplido en astucias y en aprovechar descuidos e imprevisiones, y hasta tratarás de inspirar confianza en tus adversarios, para cazarlos mejor.

Montbar iba asintiendo mudamente a medida que escuchaba.

—Me has definido acertadamente Lezama. En premio a ello, te daré una tregua. Comeremos juntos... y después vete de Villefranche, si puedes.

—¿Quién me impidió entrar? Nadie. ¿Quién me impedirá salir? Nadie.

Liam Montbar acaricióse meditativo la barbilla cuadrada y voluntariosa.

—Trato de penetrar —dijo pensativamente—las razones por qué habréis venido aquí. Con vuestro comportamiento hacéis suponer que la busca de reyertas os es grata. En vosotros dos, que sois marinos españoles, es aún comprensible vuestra actitud, ya que fui pirata que en un tiempo di mucho trabajo a los galeones españoles. Pero en ti, Lesperruy, no es lógica tu actitud. Tú y yo, ambos, somos servidores del Rey.

—En muy diferente escaño, Montbar— rebatió el gascón—. No sé explicártelo, pero deberías saber apreciar la diferencia que hay entre un capitán mosquetero y un...

—Ladrón—terminó sonriente el Pirata Negro—. Al hacerte jefe corsario, Montbar, el Rey de Francia ha recordado el proverbio que aconseja echar un ladrón a la caza de otro.

Montbar entornó los ojos, y en su delgada boca se dibujó una mueca de desdén.

—Me acude a la imaginación el recuerdo de un viajero que llegó a Villefranche. Iba acompañado de escolta. Creyose libre de manifestarme su opinión... tal como tú haces, Lezama. Como a ti le invité a comer, y también le advertí que no saldría vivo de Villefranche. Y, ¡por San Patricio! —acalorose el irlandés—, los aullidos de dolor del viajero y su escolta dominaron al ruido del mar. Para ellos todo me pareció poco; disponemos de pasatiempos especiales, Lezama. El más benigno de ellos consiste en aplicar mechas encendidas entre los dedos. También tenemos el garrote, que es bramante que se enrolla alrededor de las sienes hasta lograr

que salten los ojos de sus cuencas, y no quiero citar la cocción en vivo ni las parrillas.

—¡Qué miedo!, ¿verdad, estudiante? —dijo Lezama sonriendo burlonamente—. Siempre que oía citar a los corsarios, los suponía tunantes de malos principios y prácticas. Y no me negarás, Diego, que ese irlandés oculta designios macabros y poco amables hacia nosotros.

Las venas de la frente de Montbar hiciéronse visibles. Su diestra descendió hacia la guardia de su espada. Carlos Lezama le imitó.

—Voy a advertirte una cosa, español— dijo Montbar mirando duramente al Pirata Negro—. Tanto Lesperruy como el pelirrojo morirán como mejor se les antoje, sea en Villefranche, sea en tabernaria pelea. Pero tú, ¡por San Patricio!, juro que morirás a mis manos y yo mismo te aplicaré tormentos de que no tienes ni siquiera vislumbre.—Y, repentinamente, la expresión torva y amenazante del irlandés fué substituida por un amable aspecto que borró en el hermoso rostro el rictus de maldad. —¿Me harás el honor de almorzar conmigo, Lezama?

—No creo que merezcas tal distinción, pero condesciendo en aceptar tu convite.

—¡Loup!...—ordenó Montbar brevemente—. Lesperruy será tu huésped; llévale a tu palacio. Y acompaña al pelirrojo al palacio de Duque. Quiero comer a solas con Lezama.

—Divide y vencerás—sonrió el Pirata Negro—. Somos tres y disponéis de tres palacios, donde seguramente dispondréis también de salas en que los instrumentos que antes citabas, Montbar, se amontonen en espera de ser usados. Hemos venido a tu comarca los tres juntos y saldremos de ella juntos los tres.

Montbar se levantó lentamente; sus manos estaban engarfiadas en los brazos del sillón. Lanzó una risa aguda de profunda diversión.

—El águila, retadora vuélvese pájaro—musitó en voz bajísima—. Estoy cansado de verte y oírte, Lezama. ¿Te importará que sea Loup el que se honre teniéndoos a los tres por huéspedes?

Lezama y sus dos amigos se levantaron. Encogiéndose de hombros, el Pirata Negro dirigióse hacia la salida. Veinte pasos tras los “huéspedes”, Montbar murmuró:

—¿Decías que la calavera de ese bravucón pendenciero iba a

colgar de tu cinto, Loup? No puede ser.

—¿Vas a perdonarle sus injurias y su imbécil actitud de retador?

—No, no me has comprendido, Loup, Es que si hay algo que deseo con toda mi sangre, es que la calavera de este loco perdonavidas cuelgue de mi propio cinto de guerra... después de que su boca desafiante haya gritado mil veces pidiendo clemencia. Pero tenemos que recordar que son marinos españoles y que Lesperruy es capitán del Rey. Hay que obrar con cautela. Invítalos, domínate y hazles los honores de tu serrallo.

Cerca ya del umbral del palacio, el Pirata Negro volvióse, mirando con exasperante mofa a los dos jefes corsarios.

—¿Os habéis ya puesto de acuerdo en la clase de veneno que el cocinero de Loup echará en mi plato?

—El veneno es recurso de pobres seres sin vitalidad...—replicó Montbar amablemente—. Puedes comer sin recelo, Lezama. Te aseguro que no morirás envenenado.

Los cuatro jinetes alejábanse dando la vuelta a la alameda, mientras Liam Montbar, mandíbulas crispadas y agarrotados los fuertes puños, semejaba una estatua por su inmovilidad absoluta.

Sombrío y salvaje, su rostro tenía, sin embargo, en los hermosos ojos verde-violeta, una expresión soñadora...

Y en esta postura y con este semblante le sorprendieron Eutropio Duque, alias “el Guanche”, y Mireya de Nimes.

El tinerfeño ayudó a apearse a la amazona, y ambos quedaron en silencio contemplando la absorta actitud del irlandés, que al fin pareció darse cuenta de la presencia de los recién llegados.

—Tu marido se marchó a “Monplaisir”, Mireya. Ha invitado a dos españoles y a un capitán mosquetero. Atiéndelos lo mejor que sepas, Mireya. Y en cuanto a ti, “Guanche”, dedica toda tu atención al español pelirrojo, que, por ser paisano tuyo, a ti te reservo su muerte, cuando yo lo ordene. Y repítele a Loup lo que ya le he advertido. Que no pierda los estribos; no podemos olvidar que Jarnac de Lesperruy es hombre bienquisto en el favor del Rey.

Mireya de Nimes, ayudada por el tinerfeño, volvió a ensillar. Galopaban ambos hacia “Monplaisir”, cuando la esposa de Jean Loup habló por vez primera:

—Nunca vi a Montbar tan furioso. ¿Qué le habrán hecho esos viajeros?

El tinerfeño acarició indolentemente el cuello de su caballo. Era hombre que consideraba que el mejor método de conversar era callar primero y contestar tan sólo bastante después de que le interrogasen.

—Ya te lo explicará tu marido. Estará disfrutando, porque para Jean Loup es una delicia ver cómo se pasman los visitantes ante las riquezas de “Monplaisir”

.

CAPITULO V

Revuelo en el Serrallo

Jean Loup desmontó en un extremo de la umbría alameda florida que conducía al vasto jardín que rodeaba un palacio tallado en mármol rosa, y en cuyo alto frontis, en letras de oro, leíase: “Monplaisir”.

Jarnac de Lesperruy, al paso de su caballo, hablaba con el Pirata Negro.

—Pusisteis ya la mecha, hidalgo. Cuando os vi bravuconear tan lindamente con Montbar, creedme si os digo que yo mismo sentía deseos de abofetearos; tal era la maestría con la que fingisteis ser el más descarado de los impertinentes. ¿Dónde estaba el caballero cortés que Leonie admira?

—A cada, ser humano hay que darle el trato que le corresponde. Para el irlandés, siempre habituado a ser obedecido y respetado, yo he sido como un irritante zumbido de moscardón, hemos logrado lo que queríamos..., y os garantizo que soy entendido en material humano, y Montbar va a resultar uno de los enemigos más peligrosos con que me he enfrentado. La danza va a empezar, porque Loup es menos paciente que el zorro irlandés.

El Pirata Negro saltó al suelo y miró pensativo a Diego Lucientes, que sonreía complacido.

—¿Sigues deseando enviudar, bachiller? Aún estás a tiempo de irte, porque debo afirmarte que supimos entrar en Villefranche, pero nos va a costar muchos sudores salir de ella.

Diego Lucientes aspiró con deleite una bocanada de perfumada brisa.

—Esto es vivir, capitán Lezama... Mientras hablabas con Montbar, sentí estremecimientos de gozo y cosquilleos en la diestra;

y hasta diría que la zurda pedía pelea.

El madrileño avanzó unos pasos y reunióse con el hosco Loup en el centro de la alameda. Enlazó familiarmente su brazo válido con el del corsario, que le miró sin agrado.

—Resides en una mansión digna de un príncipe, Loup. Esos jardines tienen el aroma de los vergeles andaluces y la línea elegante de los parterres de Versalles.

Distendiéronse los rasgos faciales del corsario francés, que era muy sensible a los elogios que se dedicasen a su morada.

—Pocos palacios habrás visto que sean tan hermosos como el mío, Lucientes. Y...—guiñó un ojo picarescamente—esos jardines tienen encantos con los que yo he sabido engalanar la Naturaleza. Mira allá en aquel surtidor.

En un claro, a la izquierda de la alameda, extendíase una pequeña explanada en cuyo centro un ancho surtidor se elevaba en el aire. Un círculo de bancos de mármol rosa estaba ocupado por una docena de mujeres, una de las cuales era de negra piel y estatuaria belleza corporal.

—Son mis mujeres—dijo Loup con sencillez.

—La poligamia sólo existe en Arabia y Polinesia. Bien hiciste en aclimatar esa costumbre en Villefranche.

—Sólo yo dispongo de serrallo. Y mi esposa sabe ser sumisa, y es más bien una compañera que me ayuda en los combates. ¿Dónde vas?

—A ver más de cerca el surtidor. No temas; dijiste que son tus mujeres, y me limitaré a cantarlas trovas.

—Procura que así sea—dijo, de nuevo enseriecido, el corsario—. Si eres poeta, recita. Y libre eres de andar por mis jardines, pero cuida de no pisotear mis parterres, ¿comprendes?

—*Capisco*, que dicen los italianos.

Y el estudiante atravesó la distancia que le separaba del claro donde el surtidor elevaba al cielo su canto cristalino. Jean Loup llamó a un corsario que deambulaba por las cercanías del palacio.

—Vigila al manco. Dale bebida, si la pide... Dale muerte, si la busca.

* * *

La alameda terminaba en un amplio espacio enarenado, donde la gravilla crujía bajo las botas de Jarnac y Lezama. En la vasta

terraza de entrada, y cubierta por un dosel de pórfido, una mesa repleta de vituallas y plata aguardaba a los comensales.

Jean Loup señaló displicentemente la mesa, sentándose sin hablar.

Jarnac atacó los manjares, mientras Lezama bebía un sorbo de champán en reluciente copa de fino cristal tallado.

Loup siguió sentado, cuando una amazona, acompañada de un individuo cetrino, descabalgó ante la escalinata de la terraza. Mireya de Nimes observó a los dos desconocidos, mientras Loup, con mal humor evidente, decía:

—Montbar me ordenó que diera hospitalidad a Jarnac de Lesperruy y Carlos Lezama. Esos son Mireya, mi esposa, y Eutropio Duque, el tinerfeño.

El Pirata Negro, en pie, saludó con leve inclinación a la mujer, una robusta matrona de rostro feo y modales hombrunos. El tinerfeño sentóse en silencio.

—Este hombre es a la vez Hércules y Adonis—dijo Mireya, dirigiéndose a su esposo, pero mirando al Pirata Negro.

Jean Loup levantó los hombros, y siguió comiendo.

Del cercano claro donde murmuraba el surtidor llegó una voz bien timbrada que, con acento español, recitaba en francés:

“Bien puedo, sin estar bajo las viñas, cantar alegres refranes: que entre la botella y las niñas andan contentos mis afanes. Nada supera en donosura al vino y a la locura.”

—¿Quién es ese trovador, Jean?— inquirió Mireya, curiosa.

—El otro español. Un manco pelirrojo.

“Unos tienen sed de gloria y nombradía y no pueden ese ardor calmar. Yo tengo mucha sed de ambrosía, y siempre la puedo saciar.”

—Empina mucho el codo tu amigo, Lezama — dijo Loup, ceñudamente— Ha pedido ya muchos frascos de distintos vinos.

—Pásanos la cuenta luego—dijo el Pirata Negro con impertinencia.

Jarnac seguía comiendo y... aguardando el estallido. “El Guanche” empezó a manifestar su sorpresa arqueando las cejas.

“A Baco y a Venus, nunca los sabios la corte supieron hacer; en cambio, yo si de loco tengo resabios sé amar y sé beber.”

—Otro fanfarrón—dijo en voz baja Loup.

—¿Otro? ¿Dónde están los restantes?—preguntó Lezama.

—Te lo diré cuando llegue la ocasión. Montbar quiere que yo tenga paciencia, y sabré tenerla.

—Prudente medida, Loup.

"Desafiemos a la Parca en su guarida, y aneguemos toda melancolía en el vino que se me da un ardite de la vida y de Jean Loup se me importa un pepino.”

Jarnac de Lesperruy dejó oír su potente risotada, mientras el Pirata Negro sonreía. El corsario tinerfeño frunció las espesas cejas en patentes fuerzo por intentar comprender lo que ocurría.

La copa que Jean Loup sostenía entre sus manos se quebró. Mireya de Nimes pegó un fuerte puñetazo en la mesa.

—¿Quién es ese truhán que se permite burlarse de ti, Jean? ¡Y en nuestra propia casa!

—No hagáis caso, señora—intervino Lezama—. Mi amigo invocó sensatamente su propia locura.

Duque “el Guanche” interrogó con la mirada a Jean Loup. A lo lejos, desde aquella altura, divisábanse las perezosas olas del Mediterráneo emblanqueciendo la playa. Pero aquel murmullo adormecedor vióse de pronto ensordecido por un griterío de voces femeninas que parecían presas de gran excitación, allá en el claro del surtidor.

—Me gustaría saber lo que pasa allí—dijo Duque—. Porque aquí, en todo esto, hay algo que no acabo de enten...

Un pistoletazo rasgó los aires... Simultáneamente se pusieron en pie los comensales... Oyóse un lamento, que fué creciendo en volumen.

Jean Loup, como un toro impetuoso, echó a correr hacia su serrallo. Tras— él fueron Jarnac y Lezama, seguidos por el corsario tinerfeño.

Loup, haciendo volar la arena bajo sus tacones, llegó al claro. Una decena de mujeres de varias razas salieron a su encuentro, con ademanes de excitación. El corsario, brutalmente, las rechazó, abriéndose paso por entre filias...

Junto al surtidor, derribado en el suelo, la espalda y los costados lacerados y sangrientos, un corsario gemía entrecortadamente.

Al ver a Jean Loup lanzó un grito de alivio y se arrastró penosamente hacia él. Loup, sin mirarle, abrió las piernas y pasó

por encima de él, colocándose ante Diego Lucientes, mirándole en los ojos con fiereza.

Diego Lucientes, las piernas separadas y entrecerrados los párpados, soportó irónicamente la mirada del jefe corsario. Su única mano sostenía una fusta de correa trenzada con hierro. Un corte sangriento rasgaba la parte derecha de su garganta.

—Hola, Loup. Acabo de dar una lección a tu criado. Tuvo el atrevimiento de dispararme a quemarropa y a traición. ¿Ves mi garganta?

—A mis criados, como les llamas, los castigo yo mismo, español. ¿Qué le hiciste para que te disparara?

—No debió de gustarle que te comparase a un pepino, y me bautizó de "manco atolondrado". Fui hacia él, y me disparó. Tuve que darle un puntapié, y servirme de su propia fusta.

Los dos interlocutores estaban frente a frente, mirándose con evidente hostilidad. Loup señaló al suelo hacia el corsario semidesvanecido.

—Este hombre está medio muerto— dijo Loup, furioso—. Nada en su propia sangre.

—¡Bah! Esos corsarios sangran como cerdos al menor rasguño— dijo Lucientes con desprecio.

El puño derecho de Loup, lanzado con toda su fuerza, quiso alcanzar en el cuello a Lucientes. Éste inclinóse prestamente y, encorvado, saltó hacia adelante, hundiendo su cabeza en el estómago del vigoroso francés, que cayó sentado.

El Pirata Negro puso su mano en el antebrazo de Duque, que iba a intervenir en la lucha.

—Quieto, "Guanche". Son dos y hay que dejarlos que se las entiendan solos. Lleva ventaja tu compadre, porque lucha con un hombre que tiene medio brazo de menos.

Jean Loup levantóse ágilmente, y desenvainó. Diego Lucientes soltó la fusta, y espada en mano aguardó el ataque del jefe corsario.

Mireya de Nimes se alejó corriendo del grupo, y pronto oyóse su voz pronunciando distintos nombres...

Jean Loup cargó impetuosamente, prodigando una verdadera lluvia relampagueante de estocadas y tajos, que el madrileño, con hábiles contraataques, fué parando y devolviendo.

Varios corsarios acudían corriendo, atraídos por los gritos de

Mireya y las restantes mujeres. El Pirata Negro enlazó su brazo alrededor del de Duque.

—Díles que se estén quietos—advirtió Lezama—. Donde dos hombres pelean en lucha clara, los demás deben mirar y aprender.

"El Guanche" arqueó las cejas, pero sintiendo en su flanco el contacto de la pistola que bajo su codo ocultaba el Pirata Negro aplicándosela rudamente, detuvo a gritos el avance de los corsarios.

—¡Atrás! ¡Se basta vuestro jefe! La vigorosa musculatura de Jean Loup sobresalía enorme bajo la tendida tela de su casaca. Mascullaba imprecaciones al ver cómo sus más difíciles estocadas eran burladas ágilmente por el mutilado, que dirigía cada vez más peligrosamente la punta de su espada hacia los espacios que en su vertiginoso ataque dejaba al descubierto el francés.

De pronto, el corsario que yacía en el suelo, y que había sido azotado por Lucientes, levantó las dos manos, asiendo los tobillos del estudiante, haciéndole perder el equilibrio.

Con salvaje decisión Jean Loup asestó una traidora estocada al derribado madrileño. Pero la hoja de acero quedó detenida en su viaje mortal. Jarnac de Lesperruy, de un cintarazo, apartó la espada de Loup con tal vigor, que el hércules francés maldijo obscenamente al ver saltar de sus manos el acero roto.

Saltó como un tigre sobre el nuevo combatiente que se le presentaba. Los dos colosos, enlazados, rodaron por el césped, mientras Lucientes, poniéndose en pie, iba a colocarse junto a Carlos Lezama, que al desgaire vigilaba los menores movimientos de Duque.

Pero el cauteloso corsario tinerfeño prefirió, como los demás asistentes, no sentirse dispuesto a intervenir, y contempló el brioso combate que cuerpo a cuerpo y con profusión de puñadas se desarrollaba entre los dos gigantes.

La fusta sangrienta yacía en el suelo. Una de las manos de Jarnac abatióse hacia el cuero herrado, y, tendiéndose en un soberbio esfuerzo que tensó todos sus músculos potentes, se liberó del abrazo de su adversario, haciéndole rodar de espaldas.

Jarnac, sin perder un segundo, aplicó sus dos rodillas en el pecho de Jean Loup, y con la mano izquierda le asió por el cuello de la casaca. El jefe corsario debatióse con todas sus fuerzas, pero fué inútil. Por más que se retorcía, y aunque era muy grande su

corpulencia, quedaba literalmente aplastado bajo la hercúlea superioridad del que acababa de vencerle. Jarnac levantó la fusta y dió un solo golpe: un latigazo seco que cortó la mejilla de Jean Loup.

—Por intentar matar a traición a un hombre que te dió ventaja —dijo el mosquetero, poniéndose en pie y sacudiéndose las ropas.

El "aplastamiento" había sido tal, que Jean Loup, resoplando con estertores, no pudo levantarse. Jarnac tiró al suelo la fusta... y parpadeó mirando tras el grupo del corsaria tinerfeño, a cuyos lados estaban Lucientes y Lezama, la figura de Liam Montbar, con una pistola en cada mano...

—Buen combate, Lesperruy. Se merecía eso—dijo el irlandés con expresión desdeñosa—. No son para vosotros mis dos pistolas; son para advertir a Mireya y a los corsarios de Loup que vuestras vidas me pertenecen, y no quiero que ellos os ataquen. ¡"Guanche"! Hazles los honores de tu palacio a mis tres invitados. Loup ha aguantado ya bastante.

Carlos Lezama, con los brazos cruzados, llevaba unos instantes estudiando la fisonomía de Liam Montbar, que dirigía el cañón de una de sus pistolas contra Mireya de Nimes, quien, desmelenada y semejante a una bruja enfurecida, gritaba incoherentes amenazas, exhortando a los corsarios al ataque.

—Cállate, Mireya— dijo suavemente el irlandés—. Yo soy quien manda en Villefranche. Y he decidido que sólo se haga lo que yo ordene. ¿Te molestará, Lesperruy, aguardarme con tus dos... amigos en la mansión de Duque? Tiene buenos vinos de La Matanza para el pelirrojo, y tiene mucha más paciencia que Loup. Ardo en deseos de hablarte, Lezama. Tan pronto como resuelva ese pequeño incidente pasaré a reunirme con vosotros en el palacete del tinerfeño.

Jean Loup, moviéndose con penosos esfuerzos, se incorporó a medias en el suelo, apartándose de la frente unos mechones de pelo sudorosos, y se limpió con el dorso de la mano la sangre que fluía por el corte del fustazo.

Su mirada penetrante lució entre sus párpados tumefactos, posándose en las siluetas de los tres jinetes que se alejaban con el corsario tinerfeño.

—¡Has permitido que se vayan con vida esos tres espadachines! —clamó, airada, Mireya de Nimes, agitando sus manos engarfiadas

ante el rostro del irlandés—. Eramos bastantes para matarlos...

—Te ordené que callaras, Mireya— dijo Montbar ásperamente, elevando los cañones de sus dos pistolas—. No me gusta repetir mis mandatos.

—¡Creerán que les tienes miedo! El español llamado Lezama se reía de ti porque...

Las dos pistolas vomitaron sendas llamaradas. Alcanzada en el pecho y en la frente, Mireya de Nimes reculó varios pasos con mueca de infinito estupor. Vaciló agonizante y cayó por fin tendida sin vida.

Montbar abatió las dos pistolas humeantes, mirando a Jean Loup, que se acababa de levantar. El corsario francés miró el cadáver de su esposa.

—¿Te importa mucho lo que he tenido que hacer?—preguntó Montbar con suave voz, brillantes los ojos.

—Hablaba demasiado—replicó concisamente Loup—. No debió olvidar que tú eres nuestro jefe.

—Me gusta oírtelo decir, Loup. Que tus hombres... y tus otras mujeres se vayan. Aquí no ha ocurrido nada.

Solos los dos hombres, cerca del surtidor donde Mireya de Nimes permanecía inmóvil definitivamente, Montbar enfundó sus pistolas.

—Hay que pensar continuamente en el Rey de Francia, Loup— dijo el irlandés con una sonrisa malvada que descubrió sus blancos dientes—. Si vivimos aquí en paz y en la abundancia, y han sido olvidadas nuestras antiguas hazañas, es porque el Rey de Francia nada tiene que echarnos en cara en Villefranche. Y matar a un capitán mosquetero y a dos marinos de la Armada española sería cosa que nos valdría colocar nuestros cuellos en el yunque del verdugo del Rey.

—Odio a los tres con tanta fuerza, que casi por la muerte de ellos sería capaz de abandonar Villefranche y volver a ser pirata— dijo ceñudamente Jean Loup—. Pero obedeceré tus mandatos. Haré lo que tú digas.

—Es preferible que consigamos las dos cosas a la vez, Loup. Matar a esos tres bravucones que han venido con un propósito cuya finalidad no comprendo, pero que bien claro vemos que es la de provocarnos en nuestro propio terreno, y a la vez no tener que

soportar las represalias del Rey. Se vive bien en Villefranche.

—Hasta que aparecieron ellos...

—Y cuando desaparezcan, volverá la paz a Villefranche. Nunca he sido un hombre sensible, Loup, pero créeme que el contemplar la insolente actitud de Lezama me pone enfermo. Espero que a la llegada de la noche habré dado ya con la solución. Matar es fácil y bonito en el mar; pero aquí es tierra francesa, y a un capitán de —mosqueteros de la nombradía de Lesperruy debemos forzosamente matarle con todas las garantías para nosotros. Es un testigo peligroso, que nos puede haber mandado el mismo Rey, quién sabe con qué misión. Procuraré enterarme ahora. Tú, Loup, dedícate a hacer circular mi orden de que se forme un parapeto humano que impida la escapatoria a esos tres espadachines. Vinieron a Villefranche... y en Villefranche hemos de enterrarlos.

CAPITULO VI

Un místico y un diplomático

El palacete del corsario tinerfeño era menos presuntuoso que el de los otros dos jefes corsarios. Eutropio Duque, alias “el Guanche”, condujo a los visitantes de Villefranche hasta una vasta sala donde hallábase reunido medio centenar de corsarios.

—Son los que no están de turno a bordo — explicó el tinerfeño —. Reposan, y así están siempre al alcance de mis órdenes.

Y entró en una salita anexa, donde indicó los sillones.

—Podemos aguardar aquí a mi jefe.

Carlos Lezama rió contemplando el rostro del moreno isleño.

—Tienes semblante de místico, “Guanche”, y demuestras ser diplomático. Nos has hecho pasar por la sala donde tienes a tus guardianes, con lo que quieres indicarnos que tienes a tu favor la, fuerza. ¿Es que te duelen la derrota y el palizón que ha soportado Loup?

—Exacto.

Era la palabra favorita del “Guanche”, que así tenía tiempo-sobrado para meditar sus respuestas.

—No voy a pelear con nadie— siguió diciendo—. Nada me habéis hecho. Nada comprendo de lo que pasa. Montbar no tiene paciencia, y, sin embargo, no quiso que los hombres de Loup vengasen a su jefe maltratado. Y cuando este mediodía vi a Montbar, comprendí que estaba en uno de sus peores momentos. ¿Acaso alabasteis en demasía a su esposa?

—¿Su esposa?—interesóse Lezama. —No la vimos siquiera. ¿Es bella?

—Exacto.

Diego Lucientes sonrió mirando al Pirata Negro, que acababa de

levantarse. El tinerfeño habló rapidamente:

—Es bella y fiel. Y es el tesoro que guarda y defiende celosamente Montbar. Acercarse a ella es ir a una muerte segura.

Carlos Lezama, desde el umbral de la salita, volvióse.

—Si en mi ausencia llegara Montbar, rogadle que se sirva esperarme.



A media tarde, un pesado letargo invadía las calles de Villefranche; el calor era sofocante y no había ventana que no estuviera abierta.

En el palacio de Montbar, Maureen Flaherty hallaba todas las tardes un frescor de mar en el estanque rodeado por la tupida arboleda y por el vasto dosel de enredaderas que impedía el paso del sol.

De líneas delicadas y firmes, de gestos graciosos y de elegancia un poco llamativa, Maureen Flaherty, la irlandesa que en París conoció a Liam Montbar al ser éste investido del título de corsario, poseía una belleza de perversa atracción turbadora.

Y la mujer sabía que inspirar a los hombres una embriaguez parecida a la del más enervante perfume era consolidar el enamoramiento que de ella tenía Liam Montbar.

Liam Montbar amaba con todo su ser a la que conoció en París hacía tan sólo tres meses. Pero el orgullo del irlandés era desmedido, y, cuanto más amaba, más áspero y seco se mostraba. No quería entregarse exteriormente a la esclavitud que sobre él ejercían los ojos grises y verdosos de Maureen, pero ella sabía adivinar todo el poder que tenía sujeto al jefe corsario.

El crujido de una rama al quebrarse en el sendero que conducía al estanque sacó a la irlandesa de sus meditaciones. Creyó que sería uno de los corsarios que Montbar tenía permanentemente al acecho de todos sus pasos.

Pero el personaje, que venía hacia ella era un desconocido de bronceada tez, de erguida y desafiante prestancia y rostro varonilmente bello e inquietante.

Maureen reconoció a uno de los tres jinetes que desde su habitación había visto llegar al palacio aquella mañana.

—¿Os habéis extraviado? ¿Buscáis a mi esposo?

—Me extravía veros y a vos buscaba—replicó Lezama.

Maureen Flaherty irguió el talle, sorprendida, frunciendo el entrecejo.

—Liam Montbar no está aquí—dijo secamente.

—Quizá por eso estoy yo aquí—replicó Lezama, sonriente—. Quería comprobar si era cierto que Liam Montbar tenía en vos al mejor de sus tesoros. Es reputado de hombre opulento y de fabulosa fortuna; toda ella no vale lo que un destello de vuestros ojos de diosa.

Maureen Flaherty examinó con leve asombro al recién llegado; levantóse y, sin decir palabra, echó a andar, alejándose del pequeño estanque.

—Un simple madrigal no puede asustaros, señora—dijo el Pirata Negro, colocándose junto a ella.

Maureen Flaherty se detuvo y miró despaciosamente las amplias espaldas y las recias manos bien dibujadas del repentino galanteador.

—Vos sois quien demostráis estar asustado cuando cortejáis a quien tiene marido en ausencia de éste.

—No os he cortejado aún, mi linda señora. Vine sólo a veros. Decidme a qué hora y dónde sabrá vuestro marido que yo os cortejo, y... ponedme a prueba.

El temperamento irlandés, propenso a las excentricidades, tenía en Maureen el complemento de su táctica de exacerbar los celos de Montbar, a quien quería profundamente. Su sonrisa hízose de pronto un compendio de hechicera promesa.

—A las once de la noche vengo a sentarme unos instantes en este mismo parapeto del estanque. Y Liam y sus corsarios rondan por las cercanías.

—Yo seré uno más que ronde vuestra cercanía.

Maureen Flaherty marchóse. La intrigaba aquel extraño individuo que parecía ignorar que hallaría una muerte cierta si acudía al estanque a las once.

* * *

Eutropio Duque sostuvo dignamente durante media hora el silencio en que Jarnac dormitaba y Lucientes bebía, en la ausencia de Lezama. Pero hasta para él, amante del silencio, resultó este intolerable.

—¿Sabes dónde fué tu amigo?—interrogó al pelirrojo.

—Se aburría seguramente en tu compañía, Conde. Yo también me aburro, pero tu vino es magnífico. Pastosillo y suave, Conde.

—Mi apellido es Duque..., pero todo es aristocracia.

—No me eres antipático, chicharrero. Con todo tu rostro de monje inteligente, sabes tener cierto humorismo. Dime: ¿dónde pillaste ese vino?

—El vino te pillará a ti. Es un vino cuco; suave, guasón, amable..., pero sinuoso, difícil de asimilar.

—Ya. Algo así como vuestro carácter — dijo el estudiante, sirviéndose otra copa—. ¿Quieres un consejo?.. ¿Por qué no coges tu barco y te vuelves a tu isla?

—Un día lo haré...

—Tarde será ese día, Barón. ¿Piensas piratear por allá?

—Exacto.

Jarnac emitió un leve ronquido beatífico. El tinerfeño prosiguió:

—Yo nunca he pirateado, Lucientes. Fui siempre corsario que persiguió a los asesinos piratas. Saldré una vez más al mar, y después viviré en mi finca.

—¿Dónde tienes tu finca? ¿En las Afortunadas?

—Exacto. Unas fanegadas donde los tomates enrojecen redondos y tersos como carrillos de niño rabioso, y la cebolla, ventruda y olorosa, llora no ser viña de rico mosto como el que bebes tan abundantemente.

—Eres poeta a tu modo, Marqués. Hay misticismo en el estilo con que cantas la gloria de la hortaliza, y hay diplomacia en tu manera de llamarme borracho. Haríamos buenas migas... si no fuera porque hueles a cadaverina.

—No bebas más, Lucientes—y el tinerfeño mostró con la mano la cercana sala, donde dormía la siesta el medio centenar de corsarios—. Podrías provocarme, porque eres muy confianzudo, y yo no quiero pelear, pero esos hombres, al oír restallar tu espada, inutilizarían para siempre la destreza del brazo que te queda.

—Pocos son todos tus hombres — dijo Jarnac, que había fingido dormir hasta entonces—. Aquí estoy yo, que unido a "Medio Brazo" valemos por cien de tus corsarios.

—Exacto—y el tinerfeño suspiró—. Sigo sin comprender a qué habéis venido a Villefranche. Encolerizáis a Montbar; pegáis a Loup; y ahora me buscáis querella. ¿No veis que no os puedo dar

respuesta? Montbar es mi jefe, y me ordenó que os diera hospitalidad.

—Jean Loup, para mi amigo Jarnac; Montbar, para el capitán Lezama, y tú, Vizconde, para mí—dijo Lucientes apurando otra copa—. Esa es la proporción. En Villefranche hay demasiada hipocresía remilgona. Vamos a hablar con claridad. Donde se tropiezan seis jabatos, sobran tres... De tú y yo, ¿cuál de los dos sobra, Archiduque? ¿No eres tú?

—Exacto. Y, por eso mismo, me voy. El tinerfeño levantóse y pasó a la sala contigua a. Jarnac desenvainó su espada y la colocó encima de la mesa, frente a él. Hizo la misma operación con su pistola, que amartilló,

Diego Lucientes le imitó, conservando en la diestra la pistola.

—Habéis comprendido muy bien, Jarnac. Ese místico de la hortaliza ha ido a azuzar a su jauría de perros. Pero por esa puerta sólo pueden entrar a la vez tres hombres. Uno y medio para cada uno; escaso material. Escaso tropel. Poca carnaza. Jarnac atusóse el bigote mirando la hilera de botellas vacías que había junto a los pies del estudiante..

—Tanto beber no os hará olvidar a Gaby, Lucientes. ¡Voto al cuerno quemado de Belcebú! Si la amáis, ¿por qué la dejáis? Sois aún más loco que nuestro amigo Lezama.

—Esa es también mi opinión—dijo en el umbral Liam Montbar, echando una ojeada a las dos espadas desnudas que reposaban encima la mesa y a la pistola que el madrileño sostenía con negligencia.

—Nadie te pidió tu comentario—replicó Lucientes—. Me estás resultando ligeramente provocador.

Liam Montbar encogióse de hombros y fué a sentarse junto a Jarnac.

—Siempre me tuve por un hombre inteligente, Lesperruy. Y desde que vosotros tres habéis aparecido me devano inútilmente los sesos tratando de comprender cuál ha sido vuestra intención al venir a mis dominios. ¿Misterioso deseo de pelear sin esperanza de sobrevivir?

—Donde yo peleo, el único que sobrevive soy yo—dijo con su habitual modestia el gascón—. Y no hay misterio alguno en nuestra actitud. Te advertí que mis dos amigos eran peligrosos

espadachines. Hazte cuenta de que hay en el mundo tres espadas invencibles. La mía, la del hidalgo Lezama y la de "Medio Brazo".

Liam Montbar sonrió con leve ironía. Aquella brutal franqueza con que el mosquetero declaraba que tan sólo habían venido a provocar luchas, le pareció al irlandés imposible de creer.

Y pensó que era una añagaza con que Lesperruy encubría sus verdaderos propósitos.

Nadie sabía en todo Villefranche que Liam Montbar regía con sus órdenes y desde lejos la macabra labor de la asociación conocida en los mares del Norte con el apodo de "Los mendigos del mar".

¿Acaso había sido sorprendido por Lesperruy algún emisario de "Los mendigos del mar" y éste venía a investigar? ¿Acaso el Rey de Francia sospechaba del irlandés y había enviado a Lesperruy, acompañado por los otros dos bravucones, para que descubriese la verdad?

—No menosprecio vuestra gran valía, amigos míos—dijo Montbar—. Pero no podréis hacerme creer que vinisteis a Villefranche tan sólo para ofrecerme una ocasión de admirar vuestras dotes de luchadores sin igual.

—Lo que dije, digo, Montbar—declaró Jarnac, enderezándose el mostacho con brusca pulgarada—. Vinimos porque nos apeteció venir, sin más misterios.

—Es respuesta digna de tu amigo Lezama, a quien llamas impropiamente hidalgo. Los hidalgos se comportan con más cortesía en ajenos domicilios.

—En ausencia del hidalgo Lezama yo le represento, Montbar. Retira lo que has dicho o desenvaina.

Liam Montbar crispó los labios y tragó dificultosamente. Acabó de exasperarle la risa burlona de Diego Lucientes, que tanto parecido tenía con la carcajada de Carlos Lezama.

—¡Insensatos! ¡No agotéis mi paciencia!— y con idéntica facilidad, Montbar pasó de la cólera más aguda a una crispada sonrisa amable—. Excusadme; perdí los estribos, y es de imbéciles encolerizarse. Quisiera tan sólo haceros comprender que mi llegada impidió que los corsarios de Duque os ensartaran, dándoos muerte inevitable.

—Exacto—y el tinerfeño entró en la salita.

En la puerta aglomeráronse varios corsarios con los sables desnudos. Jarnac de Lesperruy señaló a los armados bandidos.

—Considero insultante la presencia de estos hombres. Ordena que se retiren, Duque, o prepárate a sufrir las consecuencias.

—Vete con ellos "Guanche"—ordenó Montbar incisivamente—Cuando te necesite, ya te lo haré saber.

Aguardó el irlandés a que quedara cumplido su mandato, y volvió a su obsesionante intriga. Cada vez estaba más convencido de que Lesperruy obraba con la misma desfachatez que sus dos amigos, porque sentíase respaldado, seguramente, por cercanas fuerzas del Rey que rondarían los exteriores de Villefranche, prestas a acudir a la menor violencia que sobre los tres espadachines se ejerciera.

—Quiero que admitas, Lesperruy, que me comporto con vosotros con una diplomacia y una benevolencia extremas. Di tú mismo, Lesperruy; si en tu castillo de Kerdal o en tu campamento de mosqueteros apareciéramos Loup, Duque y yo y actuáramos tan provocativamente como lo hacéis vosotros tres, ¿qué harías tú?

—Daros cristiana sepultura—dijo el gascón seriamente.

Liam Montbar mordióse el labio inferior, mientras Lucientes fingía entablar un monólogo con un frasco de champán vacío.

—¿Se atreverá? ¿No se atreverá? ¿Estallará? ¿No estallará?

Liam Montbar arqueó las palmas de sus manos, elevándolas con el dorso vuelto hacia el suelo. Subió y descendió, alternativamente las dos manos en esa postura.

—¿Estás pesando los tomates de la finca del "Guanche"? —inquirió Lucientes.

—Estoy pesando dos probabilidades— replicó lentamente el irlandés—. Trato de ver hacia dónde se inclina el fiel de la balanza; en un platillo están vuestras tres vidas protegidas por el Rey de Francia y en el otro está todo el peso de mi tranquilo vivir de Villefranche. Mientras espero hacia dónde se inclina el fiel, ¿puedo saber dónde está Lezama?

—Tendrás que aguardar a preguntárselo a él mismo—replicó Jarnac—. No nos dijo a dónde iba.

Liam Montbar levantóse y salió de la habitación. Jarnac envainó su espada y enfundó la pistola.

—Vamos, Lucientes. Creo figurarme dónde está el hidalgo, y no

quisiera que Montbar le sorprendiera a solas con todos sus corsarios. Hacemos falta ahí.

Llegaban Jarnac y Lucientes al umbral del palacete, cuando vieron alejarse hacia la playa a Eutropio Duque y sus corsarios. Liam Montbar estaba en pie, contemplando con expresión soñadora el mar azul.

—Sois un problema—dijo, sin mirar a los dos amigos—. Mientras el fiel de mi balanza sigue fluctuando, es preciso que estéis alojados en Villefranche. Y, dada vuestra actitud incomprensible, no puedo exponer las vidas de Duque y Loup. Prefiero cederos el palacete del tinerfeño. Es vuestro... hasta que os vayáis de Villefranche o muráis en ella. El tinerfeño y sus hombres van a bordo de su barco. ¡Ah!... Vuestro amigo regresa.

El Pirata Negro acercábase al paso lento de su caballo. Cuando desmontó, Liam Montbar descendió ostensiblemente la escalinata y pasó en silencio por su lado.

Instantes después, el jefe corsario picaba espuelas y partía a todo galope de su caballo.

Diego Lucientes guiñó un ojo maliciosamente.

—¿Era bella, capitán Lezama, la esposa del irlandés?

—Más bella ha de resultar a la luz de la suave y desfalleciente noche, cuando la tersa luna de las once tiemble en el terciopelo negro, poeta. Ellos no nos comprenden..., y yo tampoco comprendo por qué, siendo feroces lobos, muestran sólo los dientes, sin morder.

—Montbar cree que venimos en misión del Rey—dijo Lesperruy, pesaroso y a regañadientes—. Y contrapone su deseo de matarnos a las ventajas de su retiro en Villefranche. Nos ha cedido esta choza mientras medita lo que más le convendrá hacer.

—Trataré esta noche a las once de impulsarle a romper el fuego. Todo en tu honor, estudiante. ¿No querías emociones? Jarnac y yo te ayudaremos a encontrarlas.

Diego Lucientes asintió solemnemente y entró de nuevo en el interior. Jarnac tocó en el hombro a Lezama.

—Bebe demasiado vuestro amigo, hidalgo. Si sigue así, esta noche le crecerán brotes de uva por los oídos.

—No puedo ya mandar, en él. Tiempo ha que dejó de ser tripulante del “Aquilón”. Si queréis, Jarnac, aún estamos a tiempo de volvernos sensatos y abandonar Villefranche.

—Los corsarios son una raza que hay que exterminar. Por eso os acompaño muy gustoso en esta loca empresa. Pero, prender ya la mecha. Yo no puedo decirle a Montbar que ataque, puesto que ni venimos en misión del Rey, ni sois marinos del Rey de las Españas, sino..., bueno, tributantes del "Aquilón".

El gascón lanzó una sonora risotada.

—¿Os dais cuenta de los sobrehumanos esfuerzos de Montbar para dominarse? Sería terrible si supiera quién sois realmente. Daría alegría verle agitarse como un endemoniado y azuzar contra nosotros a toda su tropa.

Y el gascón resplandecía de entusiasmo pensando en esta posibilidad.

—No podemos decírselo, porque si el Rey supiera que vos tenéis por amigos al Pirata Negro y a un ex pirata como Lucientes, mal os iría.

—¡Oh, a mí...!—empezó a decir Jarnac.

—Pensad en ella, en Leonie, y comprenderéis que sólo si estuviéramos seguros de que ningún corsario de Villefranche quedara con vida, entonces, sí, podría yo declarar mi identidad. Pero no desesperéis; creo que esta noche, a las once, en el palacio de Montbar, encenderé la mecha más activa que en Villefranche puede lograrse.

—Así sea—dijo fervorosamente Jarnac de Lesperruy.

CAPITULO VII

Los enemigos del hombre

Si el Pirata Negro, tras su indolente apariencia, ocultaba un espíritu siempre en tensión y vigilante, también Liam Montbar poseía el don de saber meditar sus acciones, aunque exteriormente pareciera despreocupado.

El viaje emprendido en busca de emociones agudas que lograsen quitar todo deseo de nuevas veleidades a. Diego Lucientes, debía también ofrecer, en medio de los mayores peligros, una posible vía de escape para el Pirata Negro.

Jefe de hombres, al igual que Montbar, dedicó la tarde a pasearse vagabundeando por la calles de la reducida zona edificada de Villefranche.

Comprobó que, más o menos ocultamente, un cinturón humano rodeaba la ciudad, y que en la bahía tres naves con sus vigías en servicio, cerraban también la salida.

Y mientras el Pirata Negro dedicábase a esta inspección, Liam Montbar meditaba en el medio de poder eliminar a su odiado y reciente conocido, del que el solo eco de la carcajada le exacerbaba el rencor.

Conocedor de las más complicadas sicologías, había adivinado que Carlos Lezama tenía un afecto viril hacia Diego Lucientes. Si conseguía hallar un motivo justo de querella contra el pelirrojo, sabía que, matándolo, heriría profundamente a Carlos Lezama.

Y daba vueltas en aquella tarde, a la manera de atacar a Diego Lucientes, sin olvidar que el motivo tenía que ser de una lógica aplastante, ya que existía la embarazosa presencia de un testigo de peso: el capitán de los mosqueteros del Rey.

Hacia las ocho de la noche, cuando ya las primeras sombras

invadían los parajes de la bella bahía, Liam Montbar llegó al palacete de Duque. No había aún regresado Carlos Lezama.

Y el irlandés vió con íntima satisfacción que el pelirrojo hallábase al borde de la embriaguez, mientras Jarnac parecía dormitar arrellanado en el fondo de un vasto sillón..., pero tenía ante sí su pistola y su espada desenvainadas, anunciando bien a las claras que Jarnac de Lesperruy no confiaba en los moradores de Villefranche, ni siquiera cuando dormía.

—Hola, gran jefe todopoderoso—saludó Lucientes, cuya naciente embriaguez le concedía una verborrea abundante—. Los indios bravos saludan así a sus reyezuelos. Reyezuelo eres de Villefranche, y por imperativos del destino he venido a hacer el indio bravo en esta noble ciudad de cobardes remilgados..

Liam Montbar, sonriendo de dientes hacia afuera, sentóse al otro lado de la mesa ocupada por el ex estudiante madrileño. Lucientes tenía extendida ante sí una baraja, y junto a su codo un frasco medio vacío.

—Consulté al as de tréboles y me contestó que en Villefranche cuando reposan corsarios, cuelgan sus hombrías de los palos de mesana. ¿Tú qué opinas de eso, Montbar?

—En mis palos de mesana han bailoteado muchos colgados, Lucientes.

El madrileño propinó dos golpes de pulgar a dos naipes tapados y quedaron al descubierto el as de corazones y el as de cuadros.

—Rojo y rojo—canturreó Lucientes. —Sangre y amor. Mujer; primer enemigo del hombre. Si te quiere te tortura el alma; si te desdeña, los celos te comen. ¿Qué opinas, Montbar?

—Hay otro enemigo mayor del hombre, español. Es el vino, cuando se ingiere en fuertes cantidades.

Jarnac de Lesperruy desperezóse y juzgó llegado el momento de intervenir. Su humanidad hizo que gimiese el sillón en que se sentó a la cabecera de la mesa entre los dos hombres.

—Me aburro, Montbar. ¿Viniste a entretenernos con tu amena charla? —preguntó el mosquetero—. Tu digno rival en elocuencia está ausente.

—Pero vendrá, ¿no?—y el irlandés deslizó una mirada de soslayo hacia la única mano del pelirrojo, que barajaba, diestramente los naipes—. Mientras le aguardamos, ¿por qué no

pasar el rato con la baraja?,

—No jugamos — dijo precipitadamente Jarnac.

—Yo sí, de vez en cuando—dijo Lucientes guiñando un ojo al irlandés, que le devolvió amablemente el guiño—. Pero de mentirijillas, no me gusta. ¿Tienes oro, Montbar?

Liam Montbar colocó pausadamente sobre la mesa un bolsón tintineante cuyo cuello desató, desparramando un montón de monedas relucientes.

—Bella visión—comentó Lucientes. —Préstame tu bolsa, Jarnac.

—Olvidasteis citar al peor enemigo del hombre, señores. Es el juego —dijo virtuosamente Jarnac, que temía que en su embriaguez Lucientes exhibiera sus ardides de tramposo, dando un pretexto al irlandés para entablar un juicio sumarísimo de horca contra el fullero, medida que el propio Rey ratificaría,

—No te escudes en máximas de dómine—arguyó Lucientes—. Si te duele soltar los cordones de tu bolsa, bostezaremos todos, y asunto terminado. Jarnac de Lesperruy empezó a encolerizarse... Pensó en Gabrielle de Civry y, sin decir palabra, echó sobre la mesa su repleta bolsa.

—Jugar con un manco será quizás aprovecharme de la ventaja — dijo Liam Montbar con sonrisa burlona.

—Quien limpio juega le basta con una mano. ¿Cinco luises al as de corazones?—propuso Lucientes.

—Aceptado. Déjame cortar.

El irlandés separó en dos paquetes la baraja. Lucientes fué volcando naipes: el primero ante Montbar, el segundo ante el mismo, y así sucesivamente. Cuando sólo faltaba una carta del paquete, la carta que correspondía al estudiante, Diego Lucientes sonrió.

—¿Para qué darle vuelta? Si hasta ahora no ha salido el as de corazones, ¿qué duda cabe de que esta cartita es la que me hace ganar los cinco luises? ¿Quieres verla, Montbar?

—Ya la vi... antes. Vuelve a barajar. Trataré de recuperar esta primera pérdida.

Carlos Lezama desde el umbral, contempló rápidamente la escena. Avanzó y cogió de manos del pelirrojo el paquete de naipes.

—En Villefranche todo el mundo reposa, “Medio Brazo”. Deja en paz la baraja.

—Sí, eso será mejor—dijo Montbar sonriendo ofensivamente.

Diego Lucientes se inclinó bruscamente hacia delante.

—¡Mézclate en lo que a ti te importa, irlandés del diablo!—exclamó.

Jarnac se enderezó ligeramente. La tempestad iba a desencadenarse; pero el irlandés seguía sonriendo ofensivamente, mirando al pelirrojo como si no viera Carlos Lezama.

—No se te permite jugar al naipe, ¿eh?—dijo Montbar, calmosamente—. Es natural, Lucientes, que no se te dejen las riendas sueltas. Anda, dile a Papá Lezama que ya no...

—Cierra el pico, Montbar—dijo secamente el Pirata Negro—. Y tú Lucientes, hazme el favor de airearte algo. Te sentará bien.

—Sí, vete, hijito—susurró Montbar con sorna— Vete, antes de que se quite su cinto y te azote las nalgas.

Diego Lucientes dió un salto y púsose en pie algo vacilante. Carlos Lezama vió el movimiento furtivo con que Montbar acercaba su diestra a la culata de su pistola. Interponiéndose asió a Lucientes por los hombros y reciamente lo empujó fuera de la sala, cerrando la puerta.

Oyóse una tempestad de blasfemias otro lado de la puerta, y un diluvio de puñetazos en la madera. Carlos Lezama apoyóse de espaldas a la sacudida puerta.

—Otro de los actos que no entiendo, Lezama—dijo insolentemente el irlandés—. El muchacho se divertía;¿por qué lo has echado?

—Porque así me ha parecido oportuno.

—Acaso... ¿acaso es tahúr, el señor marino Diego Lucientes?

—¿Acaso tú buscas un pretexto de esos para matar impunemente, Montbar? Escúchame bien, irlandés: soy de un ambiente en el que cuando se quiere matar no se buscan pretextos.

—Yo soy de otro ambiente—replicó calmosamente Montbar, aunque un rictus salvaje desmentía la aparente serenidad de su actitud—. Espero que algún día lo comprobarás. ¿Puedo irme a cenar?

—¿No eres el amo de Villefranche? Pero dime: esta tarde viniste y apenas llegué yo, te fuiste. Ahora haces lo mismo. ¿Te molesta verme?

—Atrozmente—y las venas se hincharon en el poderoso cuello

del irlandés—. Tú eres hombre de mar como yo—y los ojos de Montbar adquirieron una expresión más ensoñadora que nunca—. Allá, en lejanas tierras del Pacifico, hay salvajes que cuando sienten nacer en sus almas un odio como nunca han sentido hacia alguien, no se apresuran en saciarlo, sino que encienden una hoguera de escaso fuego. Y de vez en cuando añaden una brizna de leña, reavivando el fuego. Verte es para mí la brizna—y el irlandés rió armoniosamente—. Hasta pronto, Lezama.

El Pirata Negro abrió la puerta y echó una ojeada al vestíbulo. Diego Lucientes había desaparecido. No obstante, Lezama acompañó hasta el exterior al jefe corsario, que montando ágilmente, desapareció en la noche.

Jarnac de Lesperruy apareció tras el Pirata Negro.

—¿Dónde habrá ido Lucientes? Está ebrio.

—La brisa de la noche le despejará, Jarnac. No os preocupéis por él.

A las diez y media, el estudiante no había aún aparecido. Cuando Jarnac vió que el Pirata Negro se disponía a acudir a su cita en el estanque, murmuró amistosamente:

—Juego y vino pierden a Diego. Que la mujer no os pierda, hidalgo.

—¿Acaso vinimos a Villefranche a reposar? Tarda ya en desencadenarse la algazara y deseo añadir una nueva brizna al fuego de Montbar. Lo que empezó siendo un mero juego, me interesa ahora, Jarnac. Montbar es de la estirpe de los hombres que nacieron con un signo en la frente. No penséis mal. Digo que el signo de la frente de Montbar es una gota de sangre que me advierte que uno de los dos morirá en manos del otro. Y como decís vos, quiero que el muerto sea él.

✲ ✲ ✲

A las once de la noche, Maureen Flaherty esperaba y en su desconcertante carácter existía un interrogante. ¿Vendría el audaz forastero de negros ojos insolentes? Ella amaba a Montbar... pero estimaba que el hombre que sabía decir galanterías fingiendo sinceridad, era digno rival del áspero irlandés.

Sobresaltóse ligeramente cuando junto a ella, en la semi penumbra y a1 borde del estanque, dibujóse la silueta de Carlos Lezama, que sentóse en el parapeto.

—La conjuración de la luna y el susurro del mar, es conjuración peligrosa, señora, porque la soledad que llevamos dentro nos rebosa en estos momentos y no somos ya seres humanos, sino espíritus anhelantes de algo que no sabemos explicarnos. ¿Es amor? ¿Es inquietud?

La risa de él sonó baja y burlona. Ella estremecióse como si sintiera frío.

El resplandor de varios fanales rojos cabrilleaba en el agua negra. Los extraños ojos de ella tenían un brillo alucinante al reflejo de la luna.

—¿Oís, señora, la música lenta y larga que canta el mar en las lejanas escolleras?

—¿Quién sois vos, que habláis frases sin sentido?

—Simplemente un enamorado de la luna y un amante de la belleza. ¿Os han dicho alguna vez que poseéis ojos de gato sagrado? Son ojos de diosa pagana; hay ídolos aztecas que tienen esmeraldas claras por pupilas...

De pronto, saltando inesperadamente, el Pirata Negro trazó un ancho círculo con su espada, que llameó con los rojizos destellos de los fanales.

Liam Montbar, frente a un grupo de diez corsarios, estaba ante la pareja. Mudos y a la expectativa, los diez corsarios llevaban en alto, apoyados en sus hombros desnudos, los sables corvos.

Liam Montbar cruzaba las manos fuertemente entrelazadas a la altura de su pecho. Su hermoso rostro estaba desfigurado por una mueca de intenso odio; los labios le temblaban levemente...

—Buenas noches, Liam Montbar— pronunció el Pirata Negro, agitando su espada, que se cimbreó—. Diez contra uno, no es mala proporción, pero o sobran ellos o sobras tú.

Liam Montbar por unos momentos cerró los ojos. Después, habló en voz seca:

—¡Fuera! ¡Os llamaré si os necesito!

Los diez corsarios obedecieron instantáneamente. El Pirata Negro se asombró al verles marcharse.

—Perdiste una excelente ocasión, Montbar. ¿No andas buscando siempre un pretexto? ¿Qué mejor pretexto que sorprender a un galán...?

—¿Puedo suplicarte un favor? — preguntó incisivamente el

irlandés.

Carlos Lezama echó la cabeza hacia atrás, pero sin perder de vista a su rival, rió.

—Raro eres, irlandés. ¿Suplicarme un favor? Concedido de antemano.

—Vete.

—¿De Villefranche?

—De Villefranche no saldrás. Vete con tus dos amigos.

—Como favor, te lo concedo. Pero empiezo a despreciarte, irlandés...

—Hazlo. No sabrías comprenderme. ¿No te hablé de briznas? Has añadido la última y la hoguera arde demasiado...

—Apágala pronto, irlandés. Señora, buenas noches. Conservad largo tiempo el sortilegio de vuestros ojos de diosa que hacen un perrito faldero de un león corsario.

Aguardó unos instantes el Pirata Negro, pero Liam Montbar seguía con los ojos cerrados.

Retrocediendo sin perder la cara al irlandés, Carlos Lezama abandonó el espacio del estanque.

A solas con Maureen Flaherty, Liam Montbar habló con suavidad.

—Tenía razón el pelirrojo al decir que el primer enemigo del hombre sois vosotras, Maureen. ¿Has oído a ese hombre que acaba de marcharse?

—Primero supo ser galante y poeta. Contigo habló como, nunca creí que pudiera hablarte ningún hombre sin que cayera instantáneamente muerto a tus pies.

¡Torpe de ti, Maureen! Torpe porque ignoras lo que es odiar tanto, que no exista muerte suficiente para calmarte, y torpe por haber escuchado las galanterías de ese bravucón pendenciero.

—¡Espera, Liam! ¡Aguarda!—gritó ella, repentinamente asustada —. Yo sólo a ti quie...

El puñal de Liam Montbar hundióse en certero altibajo. La blanca garganta de Maureen Flaherty, cercenada brutalmente, mostró una brecha sangrienta. Dobláronse las rodillas de la irlandesa...

No cayó al suelo, porque Liam Montbar la sostuvo en férreo abrazo.

—Con todos... te perdoné, Maureen, porque sabía que era por reavivar mi querer. Sabía que no pasaba de ser un mero juego... Pero, ¡por San Patricio!, no debiste citar a Carlos Lezama. ¿No sabías que le odio a él tanto como te amaba a ti?

Soltó bruscamente el cadáver, y a pasos rápidos salió del jardín, alejándose a través del bosque cercano.

* * *

En el saloncito de la morada de Eutropio Duque, Diego Lucientes paseaba impaciente, mientras Jarnac, sentado y apoyado contra la pared, miraba con inquietud al pelirrojo que parecía una fiera enjaulada.

La rabia y la humillación de Diego Lucientes cuando el Pirata Negro le había obligado a salir de la habitación, habían sido extremadamente intensas. Había primero golpeado la puerta; después, con la mano dolorida, salió al exterior, mascullando:

—Me trata como a un chiquillo. ¡Ese bribón de Montbar tiene razón!

Y en la soledad, sus pensamientos exacerbados por el alcohol, fueron acrecentándose en resquemor. Cuando volvió y no encontró a Lezama, sirvióse varias copas que apuró consecutivamente, mirando de reojo a Jarnac.

—¿Te molesta que beba, gascón?

El hércules habíase encogido de hombros.

—Tu estómago es el que lo aguanta, español.

Diego Lucientes, vibrante de ardor, había mirado al mosquetero desafiante. Pero Jarnac de Lesperruy le devolvió con tal placidez la ojeada, que el borrachín volvió algo avergonzado a su botella y a sus paseos.

La entrada de Carlos Lezama y su saludo fueron tan naturales, que Diego Lucientes sintióse aún más ofendido. ¿No le iba a pedir excusas por haberlo echado como a un rorro inoportuno? ¡Seguramente, ni siquiera se acordaba! ¡Estaba tan acostumbrado a tratar a todos los hombres como a chiquillos!

Carlos Lezama fijóse en la respiración corta y anhelosa del madrileño. —¿Qué ocurre, “Medio Brazo”? —Lucientes no contestó. Jarnac levantó sus poderosos hombros, mientras el madrileño, volviéndose de espaldas, bebía una nueva copa.

—¿Hay algo que no navega bien, estudiante?—preguntó el

Pirata Negro, observando con curiosidad la erguida espalda de su ex lugarteniente. No obtuvo respuesta.

—¿Me has oído, bachiller? Te estoy hablando.

—¡Vete al diablo!—gritó repentinamente Lucientes—. Me hartan tus modales de perdonavidas.

—¿Sí?—y las cejas del Pirata Negro se arquearon, mientras sus ojos brillaban peligrosamente—. No me encantan, tampoco, tus modales.

—Es tiempo ya de que te des cuenta que yo no soy ningún leopardo domesticado, ni ningún piratucho.

—¡Basta de beber! — ordenó Lezama, e instintivamente habló en tono autoritario—. Mañana lamentarás lo que hoy dices.

—¡Soy libre de hacer lo que me apetezca!—dijo agresivamente el manco, dando media vuelta y mirando fijamente al Pirata Negro —. ¡Me echaste de aquí como a un perro! Yo habría perforado al guapo irlandés... y me has puesto en ridículo... ¡Me echaste fuera!—repitió con obstinación de beodo—. ¡Tú, tú lo viste, Jarnac!

—Lo que vi—dijo Jarnac, molesto —es que Montbar te iba a descerrajar un pistoletazo, por fullero.

—¡Mentira! ¡Todos contra mí!

—¡Imbécil! — murmuró el Pirata Negro—. ¡Joven imbécil, borrachín! ¡No te das cuenta de que si le diéramos un pretexto a Montbar, nada ni nadie nos sacaría vivos de aquí, porque llamaría en su auxilio a las propias fuerzas del Rey? Además, la cuenta pendiente entre él y yo, sólo yo debo resolverla y liquidarla.

—Ésa... ésa es la verdadera razón —dijo Lucientes, con el rostro congestionado—. Nadie más que tú debe pelearse aquí, ¿verdad? Montbar sólo puede ser agujereado por ti, ¿verdad? Ya no serías tan famoso, capitán Lezama, si otro que no fueras tú matase a Montbar.

—¡Chitón, chitón!—dijo Jarnac con dureza, viendo que en los ojos del Pirata Negro se acentuaba el brillo inquietante.

—¡Chitón tú mismo, coloso!—rugió Lucientes, manoteando—. ¿O es que creéis que estoy bebido? Lo que digo es que ya no aguanto más tus aires de autoridad, capitán Lezama. Manda en tu barco, pero en tierra firme nadie tiene la obligación de obedecerte en lo más mínimo, ¿te enteras?

El Pirata Negro silbó lentamente, y al fin, dijo:

—Mañana me seguirás contando el resto, Diego Lucientes.

Tienes más vino que un odre viejo, y mañana, cuando estés despejado, comprenderás toda la idiotez de tu comportamiento. Vete a acostarte.

—¡Maldito sea! Te crees un semidiós. Te crees con derecho a provocar a todo el mundo. ¡Eso es lo que te gusta! Pero a mí...

—A ti lo que te convendría es un cubo de agua derramado por dentro de tu casaca — replicó calmosamente el Pirata Negro.

—¿Usanza pirata? Aquí no estamos a bordo del “Aquilón”, señor Pirata Negro, mal conocido por Carlos Lezama.

—Miro de vez en cuando el brazo que perdiste para salvar mi velero, Diego Lucientes—dijo Lezama, pronunciando las sílabas separadamente.— De ningún hombre habría tolerado cuanto has dicho.

—Aún te queda más por oír. Debes presentarme excusas por haberme echado fuera esta tarde, como... a un perro.

El coleto de la casaca de Lucientes estaba abierto, y arrugada su pechera de encajes. Un mechón de cabello caíale sobre la frente sudorosa. Los dos avanzaron un paso, mirándose duramente.

—Calma, hidalgo—dijo Jarnac, levantándose, inquieto.

La atmósfera estaba tensa; dos voluntades se enfrentaban en dos caracteres parecidos. La excitación del alcohol y el poder dominante de un jefe acostumbrado a ser obedecido.

Al fin, Carlos Lezama dió un paso atrás. Silbó despaciosamente.

—Me voy a dar un paseo, estudiante—dijo lentamente—. Si te encuentro aquí cuando regrese, te mataré.

Diego Lucientes palideció, enrojeció y volvió a palidecer de nuevo.

El Pirata Negro salió de la habitación.

La embriaguez del madrileño pareció disiparse súbitamente. ¿Había estado loco?

—¡Diablos! — murmuró. — ¿Qué avispa me ha picado? Me parece que el caballero Carlos Lezama se ha ido furioso... y si vuelve me mata.

—Naturalmente—dijo Jarnac, irritado—. Vinimos a pelear con otros, no con nosotros mismos, ¡por mil cuernos quemados! Has estado retándolo...

—Ya se enfadó una vez conmigo. Ahora... si no me perdona, soy hombre al agua.

—¡Al vino, dirás!—y Jarnac salió bruscamente.

Encontró en la explanada exterior al Pirata Negro, que se dirigía hacia la playa.

—Veamos, veamos, hidalgo. No os enojéis por los despropósitos de un muchacho que os quiere... sólo que está en uvas.

—Quien bebe, no debe apurar nunca la última copa de la puntilla, Jarnac. Ya una vez predije que Diego Lucientes no podía ser pirata conmigo, por ser de carácter muy semejante al mío. Podría serlo frente a mí y en otro barco.

—Pero ¿es que pensáis matarlo como dijisteis?

—Tiene una espada tan buena como la mía—dijo secamente Lezama.

Jarnac de Lesperruy atusóse el mostacho con profundo asombro.

—¿Vais a olvidar que salvó vuestro velero

—¿No olvidó él que he salvado su vida en varias ocasiones?

—¿Nos vamos a pelear vos y yo, hidalgo Lezama?

—Ni lo quiero... ni lo espero—dijo secamente el Pirata Negro.

—Entonces... perdonad a ese muchacho.

—Sois demasiado hombrachón para ser nodriza, Jarnac.

—¡Por los cuernos de toda la corte infernal! Ahora comprendo por qué hay tantos hombres que quieren mataros. Cuando sonreís de cierta forma encenderíais fuego en una montaña de hielo. Os juro que... pues eso, que Diego Lucientes estará ahí dentro cuando vos regreséis... y yo estaré a su lado.

—¿Sí? ¿Y pensáis interponeros?

—Pienso poner mi espada ante la de Lucientes. Vos tendréis que vencerme primero para entendéroslas con el muchacho.

El Pirata Negro rió largamente, con su peculiar carcajada.

—¡No os riáis, voto al cuerno!— rugió Jarnac—. Ahora... admiro la paciencia de Montbar.

—Yo también he admirado ha poco la gran paciencia de Montbar. Hasta luego, Jarnac. Pensad que somos amigos. Pensad que en vos sólo tengo al único amigo. Hasta luego. Concedo dos horas al estudiante para que abandone los sitios por los que yo ande.

Jarnac de Lesperruy vió alejarse a su amigo. Entró poco después en la sala donde Diego Lucientes, apoyada la cabeza en la mesa, dormía apaciblemente.

—¡Maldito sea!—rezongó Jarnac—. Las únicas mechas las enciende ese pelirrojo, que el infierno abrase... ¡y ahí está, durmiendo como un angelito inocente!

Y atusándose el mostacho con vigor, Jarnac de Lesperruy aguardó los acontecimientos.

CAPITULO VIII

Dos prisioneros

Liam Montbar, tras dejar al borde del estanque el cadáver de Maureen Flaherty, anduvo, al principio, sin rumbo, bajo el influjo de un hondo dolor, netamente propio de su atrabiliario temperamento de irlandés salvaje.

Poco a poco, casi inconscientemente, sus pasos le condujeron hacia el palacete de Eutropio Duque, donde residían los tres espadachines. Entró, y acercóse a la salita, tras cuya puerta cerrada oyó hablar.

—A ti, lo que te convendría es un cubo de agua derramada por dentro de tu casaca—decía la odiada voz que ponía crispaciones en las manos de Montbar.

La voz del pelirrojo replicó a gritos:

—¿Usanza, pirata?.. Aquí no estamos a bordo del “Aquilón”, señor Pirata Negro, mal conocido por Carlos Lezama.

—Miro de vez en cuando el brazo que perdiste para salvar mi velero, Diego Lucientes—decía la voz de Lezama.

Liam Montbar ya no oía las voces que hablaban. Apoyado contra el muro, junto a la puerta, sintióse, de satánica alegría. Desvanecidos ya sus temores de represalia real, de pronto había concordado la palabra Lezama... con la nombradía del Pirata Negro en el Caribe.

Salió pisando suavemente; en el exterior anduvo apresuradamente. Murmuraba:

—Lezama... Una hierba panameña agridulce, ¿eh?

Echó a correr con celeridad, y, pese a la carrera, cuando llegó a su palacio, aparte una leve transpiración, no se entreveía en sus ojos fulgurantes el menor cansancio, sino una intensa y salvaje alegría.

—¡Marquand! — llamó estentóreamente—. ¡MacDonald! ¡O ´Brien!

Tres corsarios vestidos con cierta distinción acudieron, saliendo de una vasta sala iluminada. Liam Montbar examinó complacido a sus tres contramaestres.

—Hay que rodear el palacete del tinerfeño. Tres anillos de cincuenta hombres armados en blanco. Quiero en vida a los espadachines que nos han hecho el honor de visitar Villefranche. Traédmelos aquí y llevadlos a la sala especial. Aguardo.

Liam Montbar dirigióse con fruición anticipada a la “sala especial”. Era la cámara cerrada herméticamente, donde se acumulaban ingeniosos instrumentos de tortura, propios de una imaginación exaltada y que el mismo Liam Montbar había ingeniado...

Una muchedumbre de corsarios partió silenciosamente en la noche hacia el palacete de Duque... Llegados allí, se diseminaron en tres anchos anillos, constituyendo un compacto murallón humano imposible de franquear...

Jarnac de Lesperruy atusóse con última pulgarada ligeramente nerviosa el mostacho cuando vió girar el pomo de la puerta. El momento temido de la llegada del Pirata Negro habíase anticipado...

Pero respiró satisfecho cuando vió en el umbral a tres corsarios.

—¿Quién os dió permiso?—y el mosquetero avanzó con la espada en la diestra y la pistola en la zurda.

Los tres contramaestres retrocedieron prudentemente, y la atlética figura de Jarnac de Lesperruy ocupó el marco de la puerta.

—¡Por orden de Liam Montbar, quedáis detenidos!—gritó O ´Brien.

—¿Vosotros también borrachos? — bramó Lesperruy—. ¿Detenerme a mí, un capitán del Rey?

—Somos ciento cincuenta y tres hombres rodeando...

—¡Queda uno menos!...—atronó el gascón, derribando de un pistoletazo a O´Brien.

Lanzóse hacia delante, y la punta de su espada hizo correr precipitadamente a los otros dos contramaestres.

Jarnac de Lesperruy detuvo su carrera en la escalinata. Vió el grupo compacto de los primeros cincuenta corsarios, entre los que

se habían refugiado Marquand y MacDonald. El gascón apoyó la punta de su acero en el extremo de su bota, hincándose el puño zurdo en la cadera.

—Sois justos en apreciar mi categoría—dijo con satisfacción—. Me hubiera molestado que vinierais simplemente unos cuantos a pretender detenerme. ¿Ciento cincuenta y dos? No sé... no sé. Veremos quién gana.

Avanzaron en tropel unos cuantos corsarios; a espaldas de Jarnac resonaron dos pistoletazos seguidos de la pistola de doble cebo de Diego Lucientes, y el pelirrojo, alegremente, espada en mano, gritó, poniéndose al lado de Jarnac:

—¡Uno y medio para todos ellos, Jarnac!

—¡Pobres!—dijo Jarnac, jactanciosamente.

Las dos espadas describían molinetes rápidos, y los corsarios, entorpecidos por los tramos de la escalinata, entrechocaban entre ellos. La caída de los primeros atacantes produjo un retroceso entre los de la segunda fila.

—¡Por los costados!—gritó MacDonald.

Abriéronse en abanico los corsarios.

—¡Atrás, Diego!—advirtió Jarnac al temerario madrileño—. ¡Táctica de retroceso!

Y el mosquetero fué reculando a largas zancadas, imitado por Lucientes, que comprendió su intención. Instantes después, los dos bloqueaban la entrada de la pequeña sala, cuyo único acceso era la puerta que defendían.

—¡Vivos! ¡Vivos!...—aullaba Marquand—. ¡Orden de Montbar!

Jarnac, asestando vigorosas estocadas, gruñó:

—La cosa se pone aún más difícil si me habéis de pillar vivo...

Los dos espadachines, ocupando todo el marco de la puerta, ofrecían una barrera infranqueable, contra la que se estrellaban los ataques de los corsarios, que se estorbaban entre sí al tener que emprender la ofensiva desde un frente en semicírculo.

Los derribados por los puntarazos de Lucientes y las recias estocadas y tajos de Jarnac iban amontonándose por el suelo de la vasta sala.

—¡Cañones!—gritó Marquand.

Diego Lucientes desgranó una alegre carcajada; lo cual no le impidió perforar simultáneamente un tórax y un cuello.

—¿Cañones? ¿Has oído, Jarnac?.. Nos quieren vivitos y piden cañones a grito pelado.

La alegría de Lucientes debíase, más que al ardor de la pelea, a la idea de que Carlos Lezama no podría enfrentarse con él espada en mano.

Dos cortos cañones rodaron con estrépito hasta colocarse, empujados por sus artilleros, frente a los dos espadachines.

—Debe de ser ruidoso morir a cañonazos, ¿no, Jarnac?— preguntó Lucientes, estoqueando hábilmente.

El gascón inició un avance, pero eran más de veinte los que en grupo se amontonaban, impidiéndoles salir.

—¡A las paredes!... — ordenó Marquand—. ¡Derribadlas!

Los cañonazos llenaron de pólvora los ámbitos... Una inmensa polvareda se levantó, al derrumbarse los muros de la salita...

Por entre la densa humareda, y ennegrecidos los semblantes, Jarnac semejó un coloso mitológico al aparecer llevando en alto el cuerpo de un corsario, que lanzó contra un grupo, repitiendo aquella nueva forma de ataque...

Pero la estratagema de Marquand surtía efecto. Rodeados por todas partes, y tras una tenaz y última defensa, los dos espadachines viéronse sepultados bajo una masa de corsarios aullantes, que, encorajinados, fueron intentando encadenar a los dos amigos.

Diego Lucientes, privado de su espada, que habíase roto, quedó pronto reducido a la impotencia y sólidamente encadenado.

Jarnac de Lesperruy creó la ilusión de un mar embravecido, arrojando oleadas de corsarios que parecían rebotar de su cuerpo. Los largos brazos del hércules, como columnas animadas, quebraban quijadas y huesos.

Al fin, un culatazo en la sien le inmovilizó...

Y ciento veinte corsarios fueron los que quedaron con vida, llevándose sudorosos a los dos prisioneros.

Marquand, cuando apercibió la figura de Montbar en la escalinata de su palacio, adelantóse deseoso de recibir las felicitaciones del jefe supremo de los corsarios en Villefranche.

—Muertos O´Brien y MacDonald en la refriega, señor. Treinta bajas.

Liam Montbar descendió unos peldaños. Sonreía con luz diabólica en los ojos, pero al llegar frente a Jarnac, cuyo cuerpo era

un conglomerad de cuerdas y cadenas, y a Lucientes encadenado, estremecióse.

—¿Dón...dónde está el tercero? — inquirió suavemente.

—No había más que esos dos, señor—dijo Marquand sorprendido.

—¡Torpe!—y con gesto veloz Montbar disparó contra Marquand —. ¡Registrad la ciudad, la playa, los barcos!—bramó, mientras Marquand caía pesadamente a sus pies—. ¡Mil luises por el español que falta! ¡En vida!

Se desparramó en oleaje gesticulante y corredor la turba de corsarios. Montbar secóse el sudor de la frente, empujando con el pie el cadáver de Márquand.

—Te envío a buscarle... y me traes a esos dos...

Cinco corsarios mantenían inmóvil a Jarnac y otros dos a Lucientes.

—Responderás ante el Rey de esta ofensa, Montbar. En mí tienes que respetar la autoridad real—dijo Jarnac orgullosamente.

A una señal de Montbar salieron del palacio una veintena dé corsarios que se colocaron a espaldas de los dos prisioneros.

—¿Qué diría el Rey, señor mosquetero, si supiera que viajáis en compañía de dos piratas?—preguntó suavemente el irlandés—. Hace tan sólo media hora oí que el manco gritaba al llamado Carlos Lezama, más conocido por el apodo de Pirata Negro. Y ya recordé dónde había oído antes la palabra “Lezama”. En pleno Caribe. Tú eres el que ha de responder ante el Rey, Jarnac de Lesperruy.

El gascón encogióse de hombros, dificultado por las cadenas.

—Me parece que eso se ha puesto algo feo—dijo.

Diego Lucientes rió, y su carcajada, idéntica a la del Pirata Negro, exasperó a Montbar, que con un revés de mano hizo brotar de labios del madrileño unas gotas de sangre.

—Aguardaremos aquí la vuelta de mis hombres con... vuestro amigo. A menos de que, como buen pirata, hay huido.

—¿Huir, él?—dijo Lucientes dificultosamente por entre sus labios tumefactos por el rudo golpe—. ¡Volverá... y no te dejará un hueso sano!

—¿Estás seguro de lo que afirmas? —preguntó Montbar amablemente.

—Te doy mi palabra de gascón, Montbar, de que el Pirata Negro

ha de volver para enterrarte—gritó Jarnac.

—Eso es lo que quería saber—sonrió Montbar—. Le aguardaremos los tres. Llevadlos a la “sala especial”.

CAPITULO IX

Un Pirata que huye...

Guando Carlos Lezama separóse de Jarnac, iba pensando en la inutilidad y desvarío en que su vida se desenvolvía. Y también en la irónica burla con que la Muerte, a quien él citaba continuamente, parecía empeñarse en no acudir a la cita.

La lisa extensión blanquinosa de la playa era cortada por la obscura línea del mar, y varios puntitos rojos indicaban la posición de las tres moles negras donde anclaban las naves de los jefes corsarios.

Ensimismado en sus pensamientos, Carlos Lezama, sentado en la concavidad de un promontorio rocoso, fué acostumbrándose a penetrar la obscuridad que envolvía la playa.

Percibió a trechos la figura vigilante de un corsario—uno más de los eslabones de la cadena tendida por Montbar alrededor de Villefranche—, y desde su posición, a la que había llegado silenciosamente, examinó la silueta del corsario, que, con el sable cruzado entre sus brazos, montaba una guardia continua en un trecho de diez metros que recorría a paso lento, en la base de la misma roca en cuya horadada masa escondíase el Pirata Negro.

Oyóse netamente un disparo... Pasaron unos segundos y sonaron dos pistoletazos consecutivos... El Pirata Negro divisó desde su escondrijo la alborotada muchedumbre corsaria que rodeaba el palacete de Eutropio Duque.

Cuando el estampido de los cañones rasgó los aires, Carlos Lezama había ya tomado su decisión. Con lógica estimación de las probabilidades, calculó que si se oponía al ataque desencadenado por Montbar, no quedaría ya la menor esperanza de salvación para Jarnac y Lucientes.

Y acudió al ardid que en otras ocasiones con éxito y en semejantes circunstancias había empleado. Distendiendo los músculos, preparóse para el salto…

Cuando el corsario centinela pasaba bajo la roca, un cuerpo humano pareció caer del cielo. Una férrea mano cerró la boca del corsario, mientras, cabalgado por la espalda y apuñeado en plena sien, el atacado y sorprendido corsario se abatía pesadamente contra la arena, bajo el cuerpo del bólido humano.

El desnudo corsario quedaba instantes después amordazado y arqueado en dos, con sus puños y tobillos sólidamente trabados por su propio cinto, y un nuevo corsario, calado con el ala baja del chambergo, dirigíase hacia el palacete de Duque, donde se mezcló a la turba vociferante que rodeaba a los dos prisioneros.

Carlos Lezama, mezclado entre los que acompañaban a los dos prisioneros, presenció la muerte de Marquand y las respuestas de Jarnac y Lucientes a Montbar, y se ocultó entre los matorrales, después de fingir lanzarse a su propia persecución.

Preparábase a intervenir, cuando los veinte corsarios salieron del interior del palacio de Montbar reforzando a los que mantenían al coloso y al pelirrojo.

Montbar y sus hombres, llevándose a los dos espadachines vencidos al interior del palacio, despertaron en el Pirata Negro una repentina actividad.

Corrió con ágiles zancadas hasta la playa; entró en un lanchón y, remando vigorosamente, acercóse a la goleta iluminada con más profusión y cuyo fanal de popa permitía leer la inscripción que en trazos amarillos anunciaba la identidad de la nave.

El dorado letrero decía: “La Guancha”.

* * *



...y remando vigorosamente...

Eutropio Duque tenía una debilidad muy opuesta a su práctico carácter de hombre amante de la tierra cultivable. En su camarote, y alineados cuidadosamente, veíanse los instrumentos que los isleños de la tripulación denominaban “el viejo y los dos niños”: un rechoncho violoncelo y dos violines...

En la curiosa fauna humana que pululaba por los mares, veíanse frecuentemente seres originales, y uno de ellos era Eutropio Duque, alias “el Guanche”.

Los pistoletazos y los cañonazos que de tierra provinieron en nada turbaron el místico recogimiento con que Eutropio Duque, asiendo con delicadeza el arco, y manteniendo entre sus piernas el ventrudo violoncelo, ejecutaba gimientes melodías monótonas.

Por dos veces algunos corsarios fueron a preguntar si hallábase a bordo el marino español llamado Carlos Lezama. Eutropio Duque no contestó más que con una negativa en lenta cabezada, y continuó rasgando con su arco las tensas cuerdas de su violoncelo.

Otro corsario llegó a encuadrarse en la puerta del camarote, y

Eutropio Duque, sin mirarle, denegó con la cabeza, anticipándose a la pregunta.

El hecho de que el corsario entrase y se colocase tras él, en nada extrañó al jefe tinerfeño. Otras veces, alguno de sus hombres, sintiéndose también influenciado por la noche y el lamento del violoncelo, venía a escuchar su música.

La melodía había sido hasta entonces un derroche de fiel ejecución y notas ajustadas. Un compás discordante desentonó de pronto en la música que brotaba del violoncelo. Eutropio Duque, inmóvil y con el arco en alto, volvió la cabeza y miró sorprendido al corsario, que apoyaba contra su cintura, entre los riñones, el duro cañón de una pistola.

—Sigue pulsando las cuerdas, guanche. Me deleita la música. Toca...

Eutropio Duque aplicó de nuevo el arco y vertió nuevos compases. En su rostro de místico sensual sólo apareció una densa palidez, pero las manos seguían desempeñando su cometido artístico sin temblar.

—En las Antillas oí hablar de ti, tinerfeño—siguió diciendo Carlos. Lezama—. Tenías mala reputación entre los piratas, porque te comportabas bien. Eres un marino y a la vez un artista. Si las cuerdas te gustan tanto, quiero creer que no desearás que una cuerda sin música termine con tu vida.

Eutropio Duque ejecutó varios compases agudos.

—Todos tenemos una finalidad en el camino de nuestra existencia—siguió diciendo el Pirata Negro—. Siempre pedimos algo al Azar. ¿Cuál es tu propósito final? Navegar, comer, dormir y rascar guitarrones no deben ser solo tus anhelos.

—Ver mi isla. Respirar el aire del Teide y ver crecer las tomateras mientras los verdores del valle semejan un mar sensible y quieto.

Y Eutropio Duque siguió tocando en sordina. El Pirata Negro rió brevemente, sin dejar de presionar las espaldas del tinerfeño con su pistola.

—Cultivar un jardín, es labor sensata de filósofo experimentado, guanche. Puedes aún hacerlo y vivir en paz el resto de tus días, pero me temo que no tendrás sensatez... y no volverás a ver el picacho nevado.

—¿Qué quieres?

—Manda que leven anclas y llévame hasta las Bocas del Ródano. Nada más... y nada menos. En la obscuridad nadie te vería zarpar hasta que fuera ya demasiado tarde para darnos alcance.

Eutropio Duque sostuvo el violoncelo con las piernas; llevóse la zurda al cuello y sopló en un silbato de oro que pendía de su pecho.

—Mejor será que no se vea tu pistola, Lezama. Tiempo tendrás siempre de disparar contra mí, si no te gusta lo que voy a decir.

Apareció un contramaestre en el umbral, cuadrándose respetuosamente,

—Proa a las Bocas del Ródano, hermano Decoroso. A toda vela.

El contramaestre saludó y marchó. Eutropio Duque volvió a manejar su arco... El Pirata Negro arqueó las cejas, sorprendido.

—A veces los hombres cometen acciones inesperadas, guanche.

—Exacto.

Un *pizzicato* sostenido desgranó la semejanza de una suave risa.

—Quien nació en mi tierra—fué diciendo el tinerfeño—, siente siempre el orgullo de que allí la Naturaleza sea mansa y a la vez bravía. Y al pasar de los años, el alma canta “saudosas” folias de nostalgia. Tú fuiste simplemente una nota de la nostalgia, Lezama: la nota final que me ha empujado a volver. Quieres ir a las Bocas del Ródano. Irás. Y yo volveré a mi isla.

—Por ser español y artista, has vibrado en el momento preciso, guanche.

—Exacto.

La goleta púsose en movimiento. Eutropio Duque tendió el oído, por espacio de varios minutos, ejecutando mientras una serie de compases profundos.

—Nunca he podido imitar exactamente el rumor de las olas—quejóse con ingenua sinceridad—. Hay algo que se me escap...

—Quien se escapa soy yo, artista. ¿No te diste cuenta? Me escapo.

—Exacto—y el tinerfeño suspiró—. Pero yo también me escapo. ¿No te diste cuenta?

—¿Te escapas de Montbar?

—No. Quiero hacer un “mago” campero del corsario guanche. ¿Oíste alguna vez la cadenciosa dulzura de una “isa”?

Y Eutropio Duque fué arqueando durante media hora en las

cuerdas vibrantes, y en sus negros ojos de fanático y de místico lunático brillaba una muda evocación de su terruño.

La goleta fué disminuyendo su marcha, y púsose al pairo. El Pirata Negro levantóse, sin dejar de mantener contacto con la culata de su pistola.

—A veces confío y otras no, guanche.

—Exacto—y levantóse a su vez el tinerfeño—. ¿Quieres lancha para ir a tierra?

—Mucho blanco ofrecen unos maderos flotantes y un confiado remero. ¿Te molesta que desconfíe? Prefiero ir nadando.

—Todos somos libres de hacer lo que queramos. No fué tu pistola quien me hizo obedecerte. Vi en ella, simplemente, la voz del Destino, que susurraba: "Ahora, guanche, ahora debes volver a tu isla".

—Te deseo larga vida entre tus hortalizas, Eutropio Duque. No te doy las gracias; pero quizá algún día pueda prestarte algún servicio.

El tinerfeño exhibió la zumba quieta proverbial de su raza. Sonrió levemente al decir:

—Si en tus viajes transportas guano, acuérdate de mí, Carlos Lezama. Adiós... y guárdate de Montbar. Está mucho más loco que tú... y que yo.

La carcajada del Pirata Negro perdióse en las sombras del entrepuente. Oyóse una zambullida... y Eutropio Duque volvió a sentarse, cogió un violín y, arpegiando con los dedos, canturreó:

"Qué bonita es mi María
cuando baja del valle, cogidita,
cogidita por el talle y cantando una folia..."

La goleta tomó rumbo al lejano Atlántico, hacia el archipiélago tranquilo donde hallan quietud las almas atormentadas...

* * *

En uno de los múltiples ramales del delta del río Ródano, un velero de ágil estampa maniobrera parecía aguardar en las sombras, resguardado a toda vista por el profuso boscaje.

Un hombretón de rostro surcado por muchas cicatrices mal cosidas, paseaba por la cubierta en compañía de un larguirucho individuo de flacas piernas, que llevaba terciada al hombro una guitarra.

“Cien Chirlos”, el lugarteniente de acción del Pirata Negro, reprochaba por centésima vez el regreso de “Piernas Largas”[2].

—Y como él te dijo que te fueras, te fuiste, ¡condenado seas por bruto y asno!—rezongaba “Cien Chirlos”—. ¿Por qué le dejaste solo? ¿No podías rondar por la aldeúcha y vigilarle para que nada le ocurriese?

El andaluz exhibió sus sucios dientes en mueca sarcástica.

—Tú, lo que quieres, carota, es verme cabeza “pa bajo”, patas “pa riba” y despellejado como un marrano cuando se convierte en tocino. Si él me dijo “lárgate”, yo tenía que largarme, y esperarle aquí como ordenó.

“Cien Chirlos” acercóse a la borda, tratando de perforar la obscura densidad de la enramada.

—¿No oíste, andaluz? Alguien anda por ahí.

—Fantasmas... ¡Niño! No pongas cara de pasmo, que me tocan castañuelas las rodillas. No me gusta esa selva obscura; deben de andar por ahí fantasmones de franchutes, que...

“Cien Chirlos” sonrió, con lo que su rostro se arrugó en profusión de rojizos costurones. Y “Piernas Largas” sintióse renacer, porque el lugarteniente sólo sonreía cuando divisaba la figura del “ídolo” del “Aquilón”.

Y cuando el Pirata Negro pisaba la cubierta, “Cien Chirlos” y el andaluz, con sus gorros de lana en la mano, ladearon la cabeza sonrientes, tendiendo ya el oído para captar mejor las palabras de “él”.

—Me place ver vuestras jetas, mis valientes. Da orden de zarpar, guapetón. Rumbo Este, costeando.

“Cien Chirlos” partió como un rayo, y regresó a la misma velocidad. El velero pareció despertarse; de sus calas fueron surgiendo los piratas. Un hercúleo negro aferróse a la rueda del timón.

Tensáronse las velas... E] Pirata Negro encaramóse de un salto al castillete de proa. Los que no maniobraban en las velas apiñáronse en la base del castillete, en cuyo borde apoyábase el Pirata Negro.

—Vuelve a brillar mi estrella, mis valientes. Contemplando esos hocicos de granujas peleones siéntome revivir. Vamos a trabar próximo combate; un combate en que hallaremos fiera superioridad..., pero recogeréis un botín incalculable. Hay oro para

cubrir los palos hasta la cofa.

El ansioso murmullo con que fué acogida aquella comparación hizo estallar en seca carcajada al jefe pirata.

—Pero... también hay muerte para muchos. Ellos son corsarios y nos quintuplican. Atacarles de frente sería sandez. Para vosotros

el oro; para mí sólo quiero a dos prisioneros y a un jefe. Esta será misión que luego os explicaré, "Cien Chirlos" y "Piernas Largas". A los demás, os incumbe ahora una rápida misión. Debéis procurarme una barcaza, porque necesito un brulote.

El "Aquilón" aguardó al pairo el regreso de los que habían salido en busca de una barcaza, y cuando en el horizonte acercóse la mole de un buque de majestuosa prestancia, tripulado por los piratas de Lezama, éste sonrió y tomó por testigo al sordomudo Tichli, el negro piloto.

—¡Diablos son esos bellacos! Pedí barcaza y me traen carabela francesa. Será el más excelente de los brulotes.

La carabela, engarfiada al costado del "Aquilón", fué rellenada de pez y azufre, y dotada de numerosos artificios de pólvora. Se le aserró la mitad de la obra muerta para que la futura explosión a que estaba destinada tuviera más eficaces consecuencias.

Agujereáronse en su casco nuevas portiñolas, en las que se pusieron tamboriles de negro a guisa de cañones, y, para acabar de completar el engaño, se distribuyeron por el puente y las amuras de abordaje muchos maniquíes armados de punta en blanco y vestidos con las ropas halladas en las calas.

Con el brulote así dispuesto, y tripulado por cuatro piratas decididos a todo, largó velas el "Aquilón", navegando en línea con la carabela francesa.

El penacho de espuma donde la proa abría su surco iba difundiéndose a ambos lados del veloz buque pirata, al que parecía dar escolta y garantía la carabela francesa.

CAPITULO X

Aplazamiento de deudas

En la “sala especial” del palacio de Liam Montbar, el corsario irlandés aguardó la llegada de Jean Loup, al que había mandado llamar. Cuando el vapuleado jefe francés entró, Liam Montbar le señaló a los dos prisioneros.

—Ahí están los dos espadachines fanfarrones que te dieron paliza, Loup. Tuyos serán cuando yo disponga de Carlos Lezama. ¿Qué sugieres para conservarlos mejor?

Jean Loup designó unos extraños artefactos que en pie contra la pared de la sala de torturas ofrecían sus contornos de ataúd labrado.

—¿Los sarcófagos peruanos? No es mala sugerencia, Loup. ¡Metedlos ahí dentro!

Empujados por los corsarios que les mantenían, los encadenados Jarnac y Lucientes fueron encajados en el interior de las fúnebres viviendas.

—Iréis acostumbrándoos a la idea de vuestra suerte—advirtió Montbar, con amable entonación—. Hay peruano que ha resistido cien días ahí dentro. Reúnen todas las comodidades: orificios para que vuestros ojos vean y vuestros pulmones respiren, y grietas para que podáis beber y comer sin demasía. ¡Cerradlos!

Las cubiertas de los dos sarcófagos resonaron lúgubremente al ser cerradas. Las pupilas de Jarnac y Lucientes destellaron tras los redondos agujeros de una máscara pintada y horripilante.

Liam Montbar y Jean Loup abandonaron la estancia, donde sólo quedaron múltiples instrumentos infernales y los dos ataúdes con sus enterrados vivos.

El jefe irlandés fué recogiendo en el exterior, con el ceño fruncido, las noticias negativas de la infructuosa búsqueda del

Pirata Negro.

Oyóse el repicar de unos cascos de caballo lanzados a todo galope, que procedía de la costa oeste. Liam Montbar irguió su alta talla, sintiendo una esperanza repentina...

Pero cuando vió al jinete apartó bruscamente a Jean Loup, y salió al encuentro del emisario: un irlandés patilludo y vestido de harapos.

—¡Maldición sobre ti, O´Connor!— masculló Montbar, apoyando su mano en el cuello del caballo—. Bien sabes que no debéis nunca venir aquí en persona.

El sudoroso jinete tomó resuello.

—He cruzado Francia de Norte a Sur, Liam Montbar. El “clan” de MacCarey anda por la costa de Calais, y los nuestros van desertando.

—¿No te nombré jefe de “Los Mendigos del Mar”?—preguntó suavemente Montbar.

—Hay momentos en que nadie puede imponerse a los irlandeses...

El pistoletazo sonó seco y repentino. O´Connor doblóse sobre la silla de su caballo... Liam Montbar enfundó la humeante pistola.

—Un irlandés debe siempre saber imponerse a los irlandeses. Recuérdalo “allá”, O´Connor.

El caballo púsose a pacer tranquilamente, mientras, caído de bruces sobre su crin, O´Connor iba ensangrentando el cuello del bruto.

Liam Montbar acercóse a Jean.

—Con tu piel me respondes, Loup, de que a mi vuelta hallaré junto a los prisioneros a Carlos Lezama. Estaré ausente no más de seis días.

—¿Tan... de repente nos dejas?— Inquirió, extrañado, el francés.

Liam Montbar miró con dureza al preguntón. Después, sonrió.

—Gracias por tu solicitud, Jean Loup. Recuerda: con tu piel respondes de que a mi vuelta hallaré a Carlos Lezama esperándome.

El jefe irlandés aproximóse al caballo, que pacía; pegó un empujón al cuerpo de O´Connor, que cayó como un saco vacío. Montó ágilmente y, picando espuelas, partió a todo galope.

Jean Loup examinó con curiosidad las ropas del yacente. Aproximóse más al oírle quejarse. No fué por instinto compasivo,

sino por intrigado deseo de averiguar quién era aquel mensajero que en aquellos instantes tan importantes para Liam Montbar había logrado que éste se fuera con ignorado destino.

—MacCarey…—gemía entre estertores el moribundo—. Calais… “Los Mendigos del Mar”… Ahora… sabréis quién es vuestro… jefe…

EPILOGO

La aurora tornasolaba la bahía de Villefranche cuando apareció por Oeste una carabela francesa seguida de un velero.

La carabela puso proa a los dos buques corsarios anclados, y en tierra sólo quedaron Jean Loup y veinte corsarios; todos los demás acudieron a sus bordas.

Jean Loup había ordenado “alarma preparativa”. Tanto podía tratarse de buques de la escuadra francesa, y por tanto amigos, como buques que abrigasen otras intenciones poco amistosas.

La carabela puso toda vela hacia la capitana, flanqueándola por el costado que daba babor al otro buque.

El contramaestre irlandés parpadeó. ¿Era un abordaje? Si lo era, contrariaba toda estrategia naval, ya que la carabela era de una manifiesta inferioridad ante la potente nave de Liam Montbar.

Sólo cuando cuatro energúmenos de la cubierta de la carabela lanzaron sus garfios y lazos se dió cuenta el contramaestre que algo anómalo ocurría al ver que los cuatro tripulantes lanzábanse rápidamente al agua, alejándose a recias brazadas.

No hubo tiempo para tomar ninguna medida de defensa, pues en aquel mismo instante se levantó una gigantesca llama de la cámara de popa del brulote, seguida de una violenta explosión.

Ardió la carabela como una pira, a la par que en la capitana irlandesa se incendiaban las velas y el aparejo, y el bauprés se derrumbaba con gran estrépito. Pronto los dos buques fueron un solo y llameante castillo cuyas explosiones alcanzaron la otra nave corsaria.

La prontitud del inesperado ataque pirata sembró la muerte en las dos naves, y el brulote macabro flotó aún despedazado, como si aguardara a que se hundieran los restos de las flamantes naves que

poco antes eran el orgullo de Villefranche.

* * *

Jean Loup y sus veinte corsarios corrieron hacia los cañones cuando vieron arder el brulote. Pero unos gritos guturales cortaron el seco sus pasos...

Y embargados por la más extrema desesperación vieron avanzar hacia ellos a sus mortales enemigos: los piratas antillanos, reconocibles por sus pañuelos rojos y sus cortos sables de ancha hoja...

Trabóse el combate sangriento y sin merced... Jean Loup divisó la figura de Carlos Lezama, y con enérgica decisión postrera decidió que, con su muerte, perecerían los ocupantes de los sarcófagos peruanos.

Corrió velozmente hacia el palacio y su "sala especial". Atravesó los lujosos salones y cuando llegaba a la puerta de la sala de tortura se detuvo asombrado.

Dos piratas, uno de rostro cicatrizado en todos sentidos y otro de guitarra terciada al hombro, le miraban hoscamente.

Jean Loup blandió el sable y avanzó decidido...

—Dos de frente y otro por retaguardia son demasiados para ti, Jean Loup.

Volvióse prestamente el francés, y a1 ver la silueta del Pirata Negro desenfundó rápidamente su pistola...

El disparo del Pirata Negro hízole saltar el arma de la diestra...

—Aquietadle—dijo Lezama.

"Cien Chirlos" y el andaluz demostraron su práctica y pericia en el arte de convertir a un hombre en un amasijo inmóvil de cuerdas.

—¿Dónde corrías tan desalado, Loup? ¿Allí?—y el Pirata Negro designó la cámara de tormento.

Jean Loup guardó un silencio huraño.

—Enseñadle el camino hacia el interior.

Los empujones de los dos piratas pusieron en movimiento al jefe corsario, que fué a chocar contra uno de los sarcófagos en pie.

La mirada extraña que Jean Loup dirigió a los dos sarcófagos, que tenían las cubiertas echadas presentando una máscara guerrera de incas, ilustró al Pirata Negro, que fingió no ver los ansiosos destellos de un doble par de pupilas humanas.

—¿Dónde está mi amigo Liam Montbar? Por el camino tropecé

con el cadáver de Maureen Flaherty. ¿Quién la mató? ¿Fuiste tú, Loup?

—No. La mató Montbar.

—¿También asesino de mujeres?.. Una deuda más. Dime, ¿dónde está Montbar?

—Pregúntaselo a él mismo.

—¿Te sientes gracioso? Yo, también. ¿Para qué crees que servirá aquella sierra que está encima de la mesa, "Cien Chirlos"? Ilústrame.

—Yo... creo—dijo el lugarteniente, meditativo—que esos corsarios las emplean para aserrar huesos de pirata.

—¡No me digas, guapetón! ¿Vamos a cambiar las tornas? Agarra la sierra y córtale a ese corsario el pie derecho. ¿O prefieres que sea el izquierdo? Hay tiempo para los dos...

Jean Loup parpadeó al ver la decisión con que el horrendo "Cien Chirlos" se apoderaba del serrucho.

—Montbar... fué a Calais...—habló precipitadamente.

—Aguarda un instante, guapetón— dijo el Pirata Negro, deteniendo el avance amenazador de "Cien Chirlos". —¿Y a qué fué a Calais?

—A entrevistarse con un tal MacCarey.

—¿Para...?.

—No sé...

—No melles el serrucho, guapetón. Hazlo suavemente...

—¡Hablo, hablo!—gritó Jean Loup. —Liam Montbar es... el jefe de "Los Mendigos del Mar".

Carlos Lezama frunció el entrecejo.

—¿"Los Mendigos del Mar"? ¿Y cómo es posible que él te lo haya dicho?

Contó precipitadamente Loup la llegada de O´Connor, su caída de caballo, dándole Montbar por muerto..., y las palabras pronunciadas por el moribundo en la agonía.

—Bien, Jean Loup. Es sólo un aplazamiento de deudas. Iré a Calais a cobrarle a Liam Montbar. Dile que si hay algo que me dé más asco que él mismo, es esta cobarde asociación de asesinos llamada "Los Mendigos del Mar". Y que a él y a sus mendigos de náufragos los exterminaré. Vete, y alguien te desatará por el camino. Yo no mato a cobardes sanguijuelas que hablan por los

codos a la vista de un serrucho.

Jean Loup, andando torpemente a pasos cortos, salió de la cámara de tortura. De los dos sarcófagos cerrados brotó un tenue ruido que Carlos Lezama fingió no percibir.

—Bien, mis valientes. Ya nada nos queda por hacer aquí. Triste es reconocerlo, pero mi buen amigo Jarnac y el borrachín de "Medio Brazo" han muerto. ¡Sino del que lucha y pelea con su misma sombra! Vámonos.

De los dos sarcófagos brotaron nuevos ruidos tenues. Los tres piratas abandonaron la cámara...

Un minuto después regresaba el Pirata Negro en compañía de su



...recelosamente, por un solemne leopardo...

dos lugartenientes. Señaló los dos sarcófagos.

—Me gustan esas obras de arte del genio peruano. Llevadlas a bordo, y allí veré si nos sirven para algo. En último caso, con tirarlas al mar nada se habrá perdido.

—Pesan como diablos, señor—dijo "Piernas Largas" tendiendo

todos sus músculos y afianzando sus tacones para cargarse sobre las espaldas el sarcófago que contenía a Lucientes.

Lo mismo digo, señor—dijo el corpulento “Cien Chirlos” cuando tuvo sobre sus hombros el ataúd que contenía a Jarnac de Lesperruy.

Contendrán quizá oro. Oro rubio el uno, y en el otro, oro y plomo.

¿Crees, señor, que hay oro aquí dentro?—inquirió el andaluz caminando hacia la puerta.

A bordo lo sabremos. Colocadlos en mi camarote.

* * *

En el camarote capitana del “Aquilón” dos sarcófagos en pie eran husmeados recelosamente por un solemne leopardo...

En el castillete de proa, el Pirata Negro mandó izar velas, y pronto quedó atrás y fué empequeñeciéndose la ciudad desierta de Villefranche.

Camino de su camarote el Pirata Negro murmuraba;

—Tres espadachines empezamos la labor; justo es que tres espadachines continúen en pos de Liam Montbar y sus mendigos del mar...



FIN

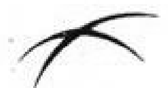
La temible organización irlandesa

Los MENDIGOS DEL MAR

asociación de místicos y feroces salteadores de costas, que hacen naufragar con engaños a los navíos mercantes,

JURA ODIO A MUERTE

a los TRES ALEGRES ESPADACHINES



Los MENDIGOS DEL MAR

es el título del próximo volumen de esta sensacional colección.

*

EDITORIAL **BRUGUERA** - BARCELONA

Notas

[1] Véase *Rebelión en Martinica.* <<

[2] Véase el episodio anterior: *La dama enmascarada*. <<